MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

Las Ascensiones del Alma

EN

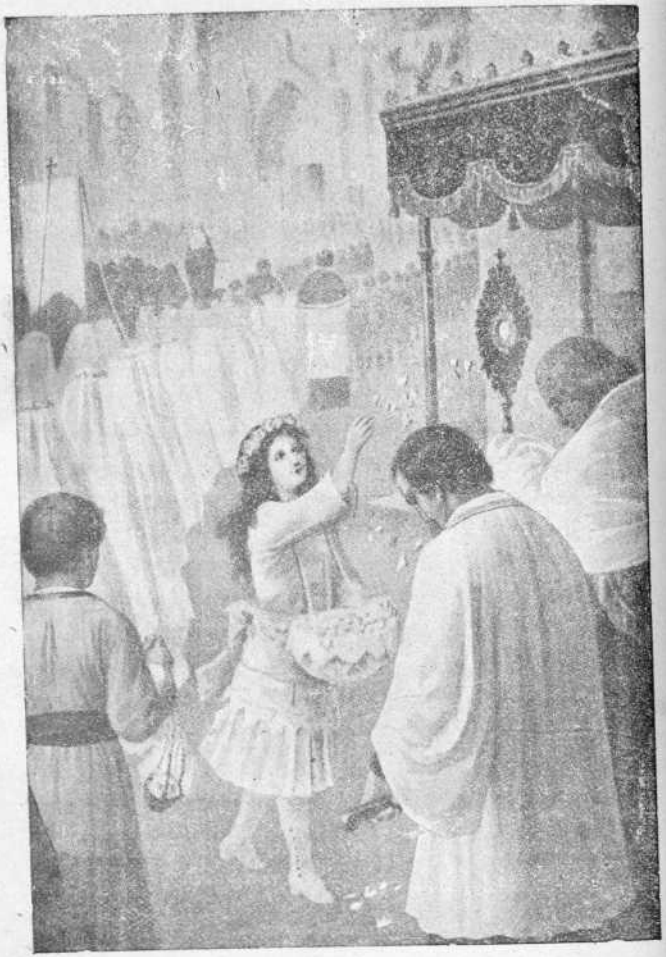
Santa Teresita del Niño Jesús

Imp. católica de Sigirano Díaz.

Las Ascensiones del Alma

EN

Santa Teresa del Niño Jesús



Santa Teresita en la procesión del Corpus

P. TEODORO DE S. JOSE

:: CARMELITA DESCALZO ::

Las Ascensiones del Alma

EN

Santa Teresa del Niño Jesús

Religiosa Carmelita Descalza

Traducción de la Tercera edición francesa

POR EL

R. P. Fr. Fabián de San José

CARMELITA DESCALZO

«Ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrymarum, in loco quem posuit».
Dispuso subidas en su corazón en el valle de lágrimas, al lugar que asentó.
(Ps. LXXXIII, 6 y 7)

Ensayo, avalorado con una carta de S. Emcia. el Card. Mercier, Arzobispo de Malinas

AVILA
IMPRENTA CATÓLICA Y ENC. DE SIGIRANO DIAZ
1925

NIHIL OBSTAT:
Fr. Florentius a Pueru Jesu, C. D.
Censor Ordinis.

IMPRIMI POTEST:
Fr. Narcisus a Sto. Joseph,
Prov. Cast. Vet.

NIHIL OBSTAT:
Dr. Petrus Ruiz Sanz,
Cens. eccls.

IMPRIMATUR:
Abulæ 25 junii 1925.
Dr. Callistus Argüeso,
Vicarius Generalis.

Es propiedad

El Traductor a los lectores:

He aquí, lectores bondadosos, vertida al español la nueva Obrita, escrita en francés por mi hermano en Religión, el R. P. Teodoro de San José, belga de nación y notable escritor en asuntos de mística cristiana.

Trátase de un precioso librito de palpitante actualidad, cuyo fin es dar a entender cómo esa Florecilla del Carmelo, *esa simpática y gràn* Santita *de nuestros días, verdadera y maravillosa «miniatura de santidad», (como con frase gráfica, inspirada y feliz la ha llamado el Pontífice reinante, Pío XI, al colocarla en los altares), la encantadora Sor Teresita del Niño Jesús ha subido con paso firme y seguro por el camino de la oración y contemplación a las más altas cumde la santidad, y por ende a la más sublime unión con Dios, adonde solamente llegan las almas grandes y escogidas, siguiendo en un todo la sublime doctrina de los Príncipes de la Mística Teología y Reformadores de la Orden Carmelitana Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.*

Esta preciosa Obrita es de utilidad grandísima, porque también tiene por objeto someter a nuestra consideración para provecho nuestro, en la vida espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús, ese sublime modelo de santidad suave, graciosa, sencilla, encantadora, que generalmente no tiene de extraordinario más que el fiel cumplimiento de los deberes ordinarios y de las prácticas comunes de una manera no común: santidad, por consiguiente, que todos fácilmente podemos imitar.

He ahí el librito que, por mandato de los Superiores, y obedeciendo también a los impulsos de particular devoción a nuestra encantadora Sor Teresita, damos a la estampa vertido al español, y con gran afecto ponemos en manos de nuestros amables lectores.

¡Quiera el cielo se consigan con su lectura los nobles fines que al escribirlo se propuso el Autor!

Fr. Fabián de San José.

Avila (La Santa).

Fiesta del Corpus-Christi, 1925.

ARZOBISPADO DE MALINAS

26 de mayo de 1923.

Rdo. Padre.

Muy edificantes al propio tiempo que instructivas, son estas páginas que V. R. consagra a la Bienaventurada Teresa del Niño Jesús.

Leidas serán con gran provecho espíritual, y por mi parte les deseo gran difusión.

Las controversias de los teólogos acerca de las denominaciones propias a los diferentes estados de un alma, en sus «ascensiones» hácia Dios, parecerán a muchos como de secundaria importancia: sin embargo hay un resultado de capital importancia que su opúsculo contribuirá a poner de relieve, es la ley de sencillez cristiana, de humildad, de desprendimiento, de amor a la cruz y al sacrificio que es la base de la espiritualidad cristiana y que V. R., describe con términos tan felices en las últimas líneas de su estudio.

«¡Ojalá que todos nuestros lectores, dice V. R., llegaran a conocer la autobiografía de Santa Teresa del Niño Jesús! Allí verán una santidad suave, ejerciéndose en el círculo de los deberes cuotidianos, lo extraordinario en lo ordinario..., allí admirarán una virtud valiente que nace al pie de la Cruz, se ejercita por la abnegación, el desprendimiento, el sacrificio, privada completamente de la dulzura y de la unción de la gracia que fluye del dulcísimo Corazón de Jesús.

«Ellos, en fin, aprenderán en la escuela de Teresa a ser o a volverse *niño* según el precepto evangélico, a que aludía nuestro Divino Salvador cuando decía: *Yo Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y se las has revelado a los párvulos.*

De V. R. siervo en N. S.

† D. J. Card. Mercier, Arz. de Malinas.

PRÓLOGO

Ya se sabe que no todos los teólogos participan de la misma opinión en cuanto a las relaciones que existen entre la santidad y los estados místicos. Así uno de ellos, en una obra notable, propone esta cuestión: «¿Han tenido el estado místico todos los Santos?» (1) Restringiendo su investigación a los santos canonizados no mártires y colocándose en el punto de vista puramente histórico, concluye: «Casi todos los santos canonizados han tenido la unión mística, y generalmente en abundancia. (2) A pesar de eso, el autor en cuestión tiene a los estados místicos por *extraordinarios*. (3) Para los que sostienen esta tesis, la simultaneidad comprobada entre la unión mística y la santidad no es,

---

(1) POULAIN, *Des grâces de Oraison*, ch. XXVIII, § 2.

(2) *Ibid.*, n. 11.

(3) *Estas son gracias extraordinarias, privilegios, intimidades divinas que llevan consigo maravillas de condescendencia por parte de Dios y una elevación del alma a las alturas, que los profanos miran todos sin distinción como sublimes.* (*Ibid*. cap XXV, n. 1.)

pues, más que una cuestión *de hecho*, cuyo interés es secundario.--Pero es muy otra su importancia para aquellos que sostienen que la doctrina tradicional ve en el estado místico el desarrollo *normal* de la vida sobrenatural. (4) Por eso algunos de ellos consideran la vida mística «como *necesaria* a la plena perfección cristiana, a la que se requiere por ejemplo para la beatificación. (5)»

No carecerá, por lo tanto, de interés, esta plena vida de la gracia en Santa Teresa del Niño Jesús, a quien la Iglesia acaba de conceder el honor de los Altares. Con gusto haremos constar que la vida de Teresita no solamente se caracterizó por el ejercicio de los dones *activos* del Espíritu Santo, (6) sino también—y esto es lo

---

(4) Esta doctrina en nuestros días es calurosamente defendida por la revista *La Vida Espiritual Ascética y Mística*. El R. P. J. DE GUIBERT S. J. se acerca a esta doctrina: *La contemplación infusa no es seguramente un camino de santificación* anormal, *ni siquiera en un sentido* extraordinario: *es un camino perfectamente normal, pero no es el unico camino normal de santificación: ni las almas que de él gozan, ni las que de él están privadas, se encuentran fuera del desarrollo normal de la vida espiritual.* (*Revista de Ascética y Mística*. Enero 1924. p. 32

(5) P. ARINTERO O. P., *La Ciencia Tomista*, mayo 1909, citado por la *Vida Espiritual*, 1921, n. 1. p. 4.

(6) Véase J. MARITAIN, *Question sur la vie mistique et la contemplation, en la Vie Espirituelle*, marzo, 1923, p. 639, 640, 642.—Vease también el P. R. GARRIGOU.—LAGRANGE, O. P., *Principes fondamentaux de la mistique*

que estas páginas quieren demostrar—que nuestra amable Santa fué favorecida con el don de la *Contemplación propiamente* dicha; que ella conoció los caminos de la oración infusa, en una palabra, que, como la gran Teresa, «Teresita» fué también mística y contemplativa.

Conviene, sin embargo, no confundir lo esencial de la vida contemplativa con sus fenómenos accidentales y sobre todo no disminuirla restringiéndola a ciertas gracias del género de las *gratis datas*. (7) A no tener en cuenta esta distinción, puede ser que algunos lectores, familiarizados con los escritos espirituales, tal vez se extrañen pensando que no han encontrado en la «Historia de un alma» ciertos fenómenos maravillosos comprobados muy generalmente en los místicos y sin embargo, nos parece difícil poner en duda que Santa Teresa del Niño Jesús haya conseguido el hecho sublime de la unión transformante con Dios. Por eso importa distinguir la esencia, lo que constituye el fondo del estado místico, y

---

selon saint Thomas, en la *Vie Spirituelle*, julio de 1925, p. 458, 459.

(7) *Es preciso no confundir la contemplación infusa con ciertas manifestaciones extraordinarias, que a veces se encuentran en las almas santas, como visiones, arrobamientos, éxtasis. Todo esto no constituye la santidad, ni sirve directamente a la santificación de las almas que lo reciben, sino que Dios lo concede por otras razones y para otros fines.* (Mgr. Waffelaert. Carta *pastoral*, N. 255, p. 2.097.)»

los fenómenos accidentales, los hechos exteriores concomitantes; por ejemplo ciertas abstracciones mentales, enajenamiento de los sentidos en el éxtasis, que pueden, mas no deben necesariamente acompañarle. Por lo tanto, el que quiera descubrir necesariamente en todo estado místico esos fenómenos extraordinarios, como una norma invariable, caería en el error; porque aunque Dios llame a todos los hombres a la unión mística, permanece sin embargo dueño soberano de este don: El escoge líbremente el momento y el medio de concederlo. Los favores extraordinarios sobre todo, El los reparte al que le place, cuando y como le place, porque dispone de diferentes medios que a todos conducen o ayudan a la unión. En una palabra—y esto está demostrado—las almas no deben necesariamente ir a El por el camino de los fenómenos accidentales.

El ejemplo de nuestra Santa Teresa nos parece sugestivo desde este punto de vista. En efecto, los favores extraordinarios fueron extremadamente raros en su vida; y sin embargo, ella escaló todos los diferentes grados de la oración infusa, a lo menos en su fondo, aunque, en su autobiografía, nada demuestra que de ello tuviese jamás clara conciencia para sí misma. De esta manera, Teresa por su método tan sencillo, casi infantil, llegó a la unión mística sin los privilegios concomitantes que son la característica exclusiva de ciertas almas. Ella misma decía:

«No puedo alimentarme más que de la verdad. Dios y los ángeles son puros espíritus, nadie puede verlos con los ojos corporales como ellos son en realidad. Por eso, jamás he deseado *gracias extraordinarias...* (*Consejos y Recuerdos*, págs. 285-286), y: «Prefiero el sacrificio a todos los *éxtasis*. Carta III, p. 331.» Su oración es una unión con Dios filialmente sencilla, pero no menos sublime.

Nos parece también un modelo suscitado por el Espíritu Santo, para la hora presente, cuando muchas almas, aún de las cristianas, no ven en la vida de oración, más que esfuerzo y fastidio, o por lo menos se asustan de todo lo que parece salir de los caminos trillados. La escala mística de la cual nada dice Teresa, ella la sube con toda *suavidad* y *sencillez* por un «Ascensor divino» con una confianza infantil. ¡Ah, qué hermoso es ese *infantil silencio* y ese confiado abandono, esa muda admiración que tanto glorifica al Padre celestial! Cuanto más pequeña se hace Teresa, tanto más pretende tributar alabanzas a la majestad divina. Ni siquiera busca el tener «bellos pensamientos», porque se juzga demasiado pequeña y «piensa que Dios se complace mucho más de lo que El mismo obra en su alma, humildemente resignada a su pobreza, que de la creación de millones de soles y de la inmensidad de los cielos» (1) «Lo que a Dios agrada es ver que

(1) Recuerdos inéditos).

me complazco en mi pequeñez y en mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia... He ahí mi *único* tesoro. (*Carta VI*, página 341)».

En una palabra, el camino de oración característico de Santa Teresa del Niño Jesús, fué una *oración de sublime simplicidad y de silencio*, que fué *perfeccionándose continuamente* hasta llegar por fin a su máximum de intensidad.

Fijar, desde luego, los grandes principios de la oración, tanto adquirida como infusa, sobre todo después de lo que enseñaron Santa Teresa y San Juan de la Cruz y demostrar luego su aplicación en nuestra Santa, tal será nuestro método de exposición. Confiamos en que estas páginas habrán de ser provechosas, porque estamos persuadidos de que conociendo el camino de oración de nuestro pequeño serafín uno se verá celestialmente por él seducido. Es porque de él emana algo tan sencillo, tan ardiente y sin embargo tan dulce, que toda alma cristiana lo ansiará para sí misma y creerá al menos en cierta medida, poder imitarla. El lector también podrá ver aquí que el espíritu del Carmen sabe mezclar la dulzura con la austeridad de la Regla, la alegría con el sufrimiento, la sencillez confiada y tranquila con las luchas del amor divino contra la naturaleza.

Amadísima Santita; he terminado mi humilde trabajo cuando la Santa Iglesia deliberaba todavía, y nosotros con nuestras plegarias invocá-

bamos el día de vuestro triunfo. Ha brillado ese día; y yo deposito humildemente a vuestros pies estas páginas encomendándome a vuestra protección para que me recompenséis como sabéis hacerlo.

Courtrai, Fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo, 1924.

Fr. T.

N. B.—Los números de las páginas insertas en nuestro texto hacen referencia a la *Historia de un alma escrita por ella misma*, edición española de 1913 hecha por el R. P. Romualdo de Santa Catalina, C. D. Las otras fuentes se indicarán por citas particulares.

Santa Teresita en su primera Comunión

PRIMERA PARTE

LA ACCIÓN DE TERESA

(Su oración adquirida)

PRIMERA PARTE

LA ACCION DE TERESA

(Su Oración adquirida)

«¡Conocer a Jesús como El se conoce y llegar nosotros mismos a ser dioses! ¡Oh, qué destino! ¡Cuán grande es nuestra alma! Elevémonos sobre todo lo que pasa. ¡Es tan puro el aire de las regiones superiores! *(Carta 1.ª*, pág. 204.)» Así hablaba Sor Teresa del Niño Jesús; cernerse en las alturas; elevarse hasta Dios, perderse en El, beber allí luz y amor, ese fué su ideal, ideal que ella fomentó y realizó por medio de la oración.

Consideraremos esta oración tan vivificante bajo todas sus fases. Analizarla desde su origen hasta su perfecto desarrollo, tal será el objeto de este estudio.

El que ora, se acerca a Dios, eso quiere decir la palabra oración; porque la oración es una elevación hacia El, (1) por medio de la *inteligencia* y de la *voluntad.* Estas dos potencias son

---

(1) S. Thomas, 2-2.ª, 81. a. 1. ad 2.

como las dos alas de las cuales el alma se sirve para dirigir su vuelo hácia El. Sin los actos de la inteligencia, los de la voluntad, potencia ciega, no podrían realizarse, y sin los actos de la voluntad, todo quedaría reducido en la oración a estériles consideraciones. En una palabra, no se conoce sin amar y no se ama sin conocer; así uno va a Dios con toda su alma o no va de ningún modo. (2)

Si la oración se hace no solamente con el corazón sino también con la boca, se llama *vocal;* pero si el hombre, queriendo tener con Dios relaciones más íntimas y duraderas, se dá cuenta de que Dios lee sus necesidades en el fondo de su propio corazón, con frecuencia se verá satisfecho pensando en El y amándole; le rendirá sus homenajes sin ruido de palabras. Su oración en este caso será *mental; adquirida*, si está a nuestro alcance con la ayuda de la gracia actual ordinaria, *infusa* si no puede ser el resultado de nuestros esfuerzos en ninguno de sus grados.

Llamamos también a los dos grados de oración mental adquirida: la *meditación* y la *contemplación adquirida.*

La *meditación*, que se llama también oración discursiva es una concentración de los actos de la inteligencia y de la voluntad sobre un miste-

---

(2) Véanse los admirables capítulos de S. Emin. el Card. MERCIER, *A mes Seminaristes*, cinquième conférence: entretiens avec Dieu.

rio o una verdad de fé, con el fin de inflamar la voluntad y de obligarla a tomar una o varias resoluciones. Estos actos de la inteligencia consisten ora en *pensamientos separados*, ora en *razonamientos coordinados a un fin*. Los actos de la voluntad consisten en *afectos* y en *resoluciones*. Las consideraciones tienen por objeto excitar los efectos, a fin de determinar la voluntad a tomar resoluciones.

Con frecuencia la meditación tiende a simplificarse. Las consideraciones múltiples y los afectos verbosos disminuyen, y el alma cesa de considerar su objeto *al detalle* para abrazarlo *en conjunto*, ya sea en una lenta sucesión de miradas, ya sea hasta en una *mirada* única, sencilla, tranquila y amorosa. Esta es la oración de simplicidad, última fase de la meditación, que llegando a ser muy tranquila y muy sencilla, merece llamarse *contemplación adquirida*. (3) Esta

(3) Se puede reducir a la contemplación adquirida, *la oración de recogimiento activo* «donde recoje el alma todas las potencias y se entra dentro de sí con su Dios... encerrándose así, en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está El que le hizo, y la tierra, *(Camino de Perfección*, c. XXVIII, 4 y 5.)» «Esto no es cosa sobrenatural (en cuanto al modo sino que está en nuestro querer *(Ibid.* c. XXIX, 4.)» A eso se puede reducir igualmente *la oración de contentos espirituales*, que representa «los contentos... que se sacan con la meditación; porque los traemos con los pensamientos, ayudándonos de las criaturas en la meditación, y cansando el entendimiento... viene, en fin, con nuestras diligencias. (*Cuartas Moradas*, c. II, 3.)» «Estos

ociosidad aparente tiene algo de sublime. Aunque el discurso sobre los misterios cese y el alma parezca dormir, su corazón sin embargo vela, se da a Dios y súbitamente la admiración, la alegría y el amor de las perfecciones divinas nacen en ella.

Después de haber establecido estos principios de la oración activa, veamos ahora lo que encontramos acerca de ella en nuestra Santa.

---

contentos, dice también Santa Teresa, comienzan de nuestro natural mismo y acaban en Dios. (*Ibid.* c. I. 4.)» En las cuartas Moradas, la Santa distingue cuidadosamente estas dos oraciones *adquiridas*, de *recogimiento pasivo* y *de gustos divinos* o *sobrenaturales*, que son oraciones infusas, (*Ibid*, c. II, 3.)

No estará demás añadir aquí que la seráfica Madre abarca, en las tres primeras Moradas, todas las oraciones activas o adquiridas: «La puerta para entrar en este castillo, dice ella, es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, que, como sea oración, ha de ser consideración (*Ibid*, c. I, 7.)»

CAPITULO PRIMERO

Preludio de su oración adquirida durante su vida en el mundo

La oración vocal, sobre todo aquella que se ajusta a una fórmula establecida de antemano, no parece haber jugado un papel importante en la vida espiritual de nuestra Santa. La misma meditación, tomada en un sentido estricto, como trabajo asiduo de reflexión o raciocinio, no ocupó más que un lugar de ligera importancia en su camino de oración. Desde el comienzo de su carrera se sintió orientada hácia *la oración de simplicidad* sobre todo con forma afectiva, lo que hizo que reuniera admirables disposiciones para la vida de unión con Dios. Todavía en el munde, cooperó activamente a la gracia que la impulsaba a simplificar, cada vez más, sus múltiples actos de amor y la encaminaba de este modo a la oración pasiva e infusa, con la cual fué particularmente favorecida en el Carmelo.

*
* *

Efectivamente, ella nació adornada de gran-

des dones. El Criador la había modelado a la vista de su futura misión de amante y contemplativa. Una inteligencia viva y precoz, un corazón sensible, afectuoso y capaz de amar hasta el heroismo, un verdadero gusto poético, todo contribuía en ella a hacerla, desde luego, un alma escogida. Muy pronto también, la gracia inclinó esta alma a la vida de recogimiento y le hizo comprender que el mundo no puede dar al corazón humano aquello que ansía. El mundo no tiene la paz, no tiene la felicidad; no da nada y lo arrebata todo.

Diferentes circunstancias le proporcionaron ocasión de elevarse gradualmente a Dios.

A la edad de cuatro años, comenzó a ver en todo un reflejo de la inmaterial hermosura de Dios: «Todavía experimento los profundos y poéticos afectos que nacían en mi corazón a la vista de los campos de trigo esmaltados de amapolas, acianos y margaritas. Gustábame ya entonces extender mi vista por el lejano horizonte, gustábame contemplar el espacio, los altos árboles; en una palabra, toda la naturaleza hechizaba y trasportaba mi alma al paraiso (página 16)».

Es que el universo tiene un alma que canta un himno a su Creador. La belleza de esta música no se define. Es algo misterioso que extasía a las almas grandes, las arrebata y las eleva a regiones superiores, despertando en ellas diversos sentimientos de admiración y de amor hácia el

Autor de la naturaleza. La naturaleza es un libro abierto, un maravilloso poema escrito por Dios. ¡Dichoso aquél que sabe leerle y comprenderle!

En la mirada tan dulce y profunda de su madre, la cándida niña lee la inmensa bondad de Dios. Pero ¡ay!, el 28 de agosto de 1877, Teresa Martín perdió al angel cuya sonrisa maternal, en la aurora de la vida, había encantado e iluminado su alma. Muy pronto quiso Dios templar el acero de su virtud naciente en el crisol del susufrimiento. A partir de esta época, que comprende para Teresita, desde la edad de cuatro años y medio hasta los catorce, su carácter cambió completamente, comprendiendo cada vez más, como lo confiesa ella misma, la parte seria de la vida (pág. 20).

Por aquel entonces gustaba del retiro y se sentaba en algún lugar solitario, y entonces sus pensamientos se tornaban profundos. Sin saber lo que era meditar, se sumergía su alma en verdadera oración. Parecíale le tierra un lugar de destierro y soñaba en el cielo (pág. 22).

Así ya la niña Teresa siente que el hombre no puede pasarse sin ideal ni en sí mismo, ni fuera de sí. Hay que hallar en Dios la paz y la felicidad, y Teresita comprende que uno se encuentra más cerca de El en la soledad que en nuestra sociedad febril. Nuestra dicha está en Dios y todo lo que nos aparta de la soledad, nos aparta de Dios. El silencio en torno de sí favorece

la paz, y la paz es el bienestar del alma y el campo de acción de Dios (5).

El Santísimo Sacramento del Altar ejercía sobre ella un atractivo fascinador; le visitaba a diario, y cada vez en una iglesia diferente (página 21). ¿Cómo se pasaban aquellas horas tan deliciosas para esta alma privilegiada? De buen grado nos la representamos, tomando, junto al corazón del divino Maestro, el lugar del apóstol virgen. ¿Quién podría explicar la dulzura de aquellas comunicaciones íntimas entre ambos corazones, durante las cuales, Teresa no se creía ya sobre la tierra, ni veía ni oía más que a Dios?

Hácia la edad de seis a siete años vió el mar por primera vez. Delante de ella se extendía hasta perderse de vista la inmensidad del océano. Allá, en lontananza, el horizonte parecía confundirse con el cielo en un ósculo supremo; mientras que a sus pies venían a romperse las olas, una a una, para morir sobre la arena. Este espectáculo le causó una impresión profunda, y de él no podía apartar los ojos. «La majestad del mar, el rumor de sus olas, todo me hablaba de la grandeza y poder de Dios» (pág. 31). Es que la inmensidad del océano tiene afinidades con las aspiraciones misteriosas del alma humana. El mar y el corazón humano se aproximan al infinito más que ninguna otra criatura. El oleaje es un espectáculo variado, siempre nuevo

---

(5) *Non commotione Dominus* (3 REG. XIX, 11).

y religioso siempre, para el que sabe conprenderle y apreciarle.

Los fenómenos de la naturaleza, como el rayo y la tormenta, le hablan de la Divinidad: «Me acuerdo que hallándonos en el campo cierto día, encapotóse el hermoso cielo azul, y comenzó a rugir con fuerza la tempestad, acompañada de deslumbradores relámpagos. Yo me volvía a derecha e izquierda, sin querer perder nada de aquel majestuoso espectáculo, y vi caer un rayo en prado cercano. Lejos de atemorizarme en lo más mínimo, me llené de contento, pareciéndome *que Dios estaba cerca de mí* (págs. 22 y 23).

Todas aquellas impresiones de la infancia, tan profundamente religiosas, Teresa las resumió más tarde en una poesía compuesta para su hermana Celina durante su noviciado.

Lo que yo amaba...

En éxtasis alagüeño
Dejo correr mi memoria,
Al dibujarme la historia
De mi inocente niñez,
Viendo, de gratitud llena,
Cómo el Dios de los amores
Guardó entre cariño y flores
Mi inocente candidez.

Cantaba amor el collado
Con su bosque y su espesura;

Le cantaban la llanura
Y el monte y su soledad,
Y mi corazón sencillo
Doquier cosechaba amores
Como su aroma las flores
Sin fatigas ni pesar.

Ardiente amor me infundían
Las hierbecitas del prado,
Donde hallaba dibujado
El cariño de mi Dios,
Y amor... el bello perfume
Del estimado narciso
Y el suave aroma indeciso
De la más humilde flor.

Pasearme por los campos
De verde y florido suelo;
El radiante azul del cielo
Con su variado matiz;
El gorjeo de las aves
Saltando de flor en flor...
¡Todo era un himno... de amor!
Y mi pecho era... feliz.

Una vez en que los besos
Busqué de la madre mía,
Me pareció que decía
Con sus miradas de amor:
«La eternidad es mi hechizo;
«Detrás de ese azul hermoso
«Voy a buscar mi reposo
«En el goce de mi Dios.

El amor que me abrasaba
Hácia el Dios-Eucaristía
Ni cabe en el alma mía,
Ni lo puedo yo decir;
En la aurora de mi infancia
Me hizo su esposa escogida,
Y mi ser, aliento y vida
Eran... amarle o morir.

Quise de nuevo en las flores
Que regaba con mi llanto
Buscar el antiguo encanto
Que tantas veces hallé,
Y huyendo del necio mundo,
Buscaba la selva umbría
Que en sus ecos respondia
A mi triste languidez.

Parecíame un lamento
El eco de la campana
De dulce torre lejana
Cual eco de mi dolor,
Y sentada en un ribazo,
Suspiraba con la brisa,
Mientras el alma sumisa
Se encomendaba al Señor.

El gusanillo de luz
Brillando en la sombra oscura
La patética hermosura
Del estrellado cenit,
Y el melancólico brillo

De la luna silenciosa,
En tristeza misteriosa
Trasformaban mi sufrir.

A los dos nos complacía
de las olas el chasquido,
El horrísono estampido
De rugiente tempestad,
Y en medio de la espesura
Escuchar del ruiseñor
Los dulces trinos de amor
Que lanza en la soledad.

Ya soy dulce prisionera
Del Amor de mis amores;
Ya no quiero yo más flores
Que escuchar su amante voz;
Ya, por fin, dejé la tierra,
Las ansias, goces y anhelo,
Y habito este lindo cielo
Para en él morir... de amor.

Cuando tú miras al caos,
Luz deslumbrante le inunda;
Esa mirada fecunda
Hizo los mundos vivir;
Y esa... tu mirada misma
Siento vibrar en mi pecho,
Y vive, de amor deshecho,
Con el ansia de... morir.

(28 de abril de 1895).-

Por todas partes pues, Teresita siente la mano de Dios. «Aprovechábame a mi también ver campo, o agua, flores. En estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo que me despertaban y recogían y servían de libro (1)». De igual modo nuestra amada niña lee y siente a Dios en la hermosura de todas las cosas, en el perfume de cada flor, en la felicidad de cada alegría; para ella todo es el reflejo de su grandeza y de su bondad. Ve a su Amado que la mira a través de la naturaleza, por todas partes oye el llamamiento de su Corazón divino, y queda extasiada de admiración y de amor. ¿Quién no ve en todo esto un alma en camino de contemplación?

Desde el punto de vista que nos ocupa, he aquí otro rasgo significativo que nos proporciona la misma Teresa, y que nos dá a entender que es un alma en manifiesto progreso de recogimiento: «Me hubiera sido muy grato hacer oración mental por aquel entonces (tenía de diez a once años); pero María me juzgaba ya lo bastante piadosa sin ella, y sólo me permitía mis oraciones vocales. Un día me preguntó una de mis maestras de la Abadía (2) en qué me ocupaba los días de vacaciones que no salía de casa Le respondí tímidamente: «Madre, muchas veces me escondo en un rincón de mi cuarto, que pue-

(1) *Vida* cap. IX, n.° 5.

(2) Abadía de Benedictinas de Lisieux en donde la Santa hizo su primera Comunión.

do cerrar fácilmente con las cortinas de mi cama, y allí *estoy, pensando...*» —«Pero ¿en qué piensa usted?»—me replicó riendo la buena religiosa.— «Pienso en Dios, en la fugacidad de la vida, en la eternidad, en una palabra, *¡pienso!*» No olvidó mi maestra esta reflexión mía, pues más tarde se complació en recordarme el tiempo en que *yo pensaba*, preguntándome si *continuaba pensando...* Y concluye: «Hoy comprendo que lo que hacía entonces era verdadera oración, en la cual el Divino Maestro instruía suavemente a mi alma. (páginas 51 y 52)».

Con frecuencia—prosigue—«subía a la tribuna de la capilla... En esta silenciosa visita consistía todo mi consuelo... Recuerdo que me consolaba repitiendo varias veces este verso de una hermosa poesía que nos recitaba mi padre:

El tiempo es tu bajel, no tu morada

Cuando considero estas cosas, se transporta mi alma a lo infinito, y se me figura que toco ya la ribera eterna. (pág. 63)» Nuestra jovencita conviene, sin embargo, en que «en aquella edad no se veía favorecida, *como lo fué más tarde*, por las luces de lo alto (pág. 49).»

En aquel entonces Teresa no hacía una meditación clásica, consistente en representaciones y consideraciones cuidadosamente coordinadas con el fin de excitar afectos y resoluciones. Era más bien un pensamiento lento y profundo del

cual estaba completamente penetrada y que nos parece ser la oración de simplicidad *querúbica*, donde la luz domina.

Su primera Comunión fué un punto de partida hácia nuevo progreso en el camino de la oración. Ella escribe: «Quiero que el Niño Jesús se encuentre tan a gusto en mi corazón, el 8 de mayo, que no piense más en volverse al cielo. (Carta a Inés de Jesús, febrero 1884)» Esta comunión fué efectivamente un real festín para su alma: «¡Ah, qué dulce fué el primer beso de Jesús a mí alma! ¡Sí, fué un beso de amor! Sentíame amada y repetía a mi vez: «¡Os amo, me entrego a Vos para siempre!... Hacía ya mucho tiempo que El y Teresita se habían mirado y comprendido: aquel día no pudo llamarse nuestro encuentro simple *mirada*, sino verdadera *fusión*. Ya no éramos dos: Teresa había desaparecido como la gota de agua se pierde en el océano: Jesús quedaba solo como Dueño y como Rey.» (página 53).

Es evidente, pues, que su oración en realidad, es una oración activa de simplicidad, *suave* pero *seráfica*, en donde el amor juega ya un papel preponderante. (1)

---

(1) Las palabras de que se sirve la Santita en la autobiografía nos producen la impresión de que aún en el mundo nuestra niña fué quizás favorecida de *algunos actos aislados de contemplación infusa*, especialmente cuando muy pequeña, sin que se le hubiese nunca ense-

***

De esta manera, todavía en el siglo, nuestra Hermanita, así como por instinto, simplificaba cada vez más sus *consideraciones*, procurando satisfacerse con un recuerdo, con una simple mirada; más bien contemplando que meditando.

ñado a hacer oración, sin que supiese meditar, se encerraba en la alcoba de su habitación, durante largas horas, *para pensar*. De igual modo en su primera Comunión, que no fué ni un encuentro ni una simple mirada, sino verdadera *fusión*; y también el día de su Confirmación en que «sintió no el impetuoso viento de la primera fiesta de Pentecostés, sino más bien el murmullo de aquella *ligera brisa*, que oyó el profeta Elías en la Montaña de Horeb (pág. 57)». De igual modo le sucedió probablemente hácia la edad de catorce años; cuando «cada noche, ella y Celina subían juntas al mirador, y allí se perdía su vista en el azul indefinido del cielo tachonado de estrellas de oro: «Creo, dice, que recibíamos muchas gracias. Según dice la *Imitación*: *Dios se comunica a veces en medio de vivo esplendor, o bien suavemente, velado bajo sombras y figuras* (l. III, cap. XLIII, 4). De este modo se dignaba manifestarse a nuestros corazones; mas cuán *sutil* y *transparente* era aquél velo! No era posible dudar; ya la fe y la esperanza abandonaban nuestras almas; el amor nos hacía hallar en la tierra a aquél a quien buscábamos. *Habiéndole hallado solo nos besó, a fin de que nadie pudiera menospreciarnos en adelante* (Cant. VIII-1). (pág. 75)»

Estas palabras—lo repetimos—nos inclinan a creer que, aún en el mundo, la amada niña fué favorecida, sin ella saberlo, de la contemplación infusa; pero estos actos nos parecen demasiado aislados y demasiado raros para que se les pueda llamar un *estado* pasivo.

Simplificaba igualmente sus *afectos*, que en lugar de complicarse, desarrollarse y manifestarse por medio de palabras, quedaban sintetizados en un deseo único de amar a Dios. Unirse a El y gozar de El. Hasta se inclinaba a simplificar el *objeto* de su oración, que terminaba por llegar a ser casi único, resumiéndose en pensar en Dios de una manera general. Era un recuerdo afectuoso de Dios, una simple mirada amorosa hacia El, o hacia Nuestro Señor.

Tal fué en el siglo y en su etapa de preparación, la oración de simplicidad de la jovencita Teresa Martín. ¿No es esa ya la aurora de su camino seráfico? Efectivamente, siendo la oración de simplicidad una disposición muy favorable a la contemplación pasiva, este primer estado fué seguido muy pronto en nuestra Santa, de contemplación infusa primero y de unión transformante después. Ahora la veremos como sol brillante subir a su zenit en el seno de la vida religiosa. Sin duda que allí no gustará siempre las delicias del Tabor; porque el divino Esposo, que es «Esposo de Sangre» compartirá con ella las espinas de su corona dolorosa. No dejará de hacerla pasar por la tranquilidad, las luces y las suavidades sobrenaturales; pero sobre todo la hará marchar por las fatigas abrumadoras y desoladoras arideces, y la dulce víctima seguirá en *silencio* y confiado abandono, la divina mano que la lleva, persuadida de que, cuanto es más pobre y pequeña, más glorifica a

Dios. Ella saldrá de la prueba engrandecida con toda la grandeza de su Conductor divino; porque todo sufrimiento soportado por Dios encuentra en El su recompensa.

CAPITULO II

Desarrollo de su oración adquirida durante su vida religiosa

Desde su más tierna infancia, Teresa Martín, oyendo repetir que su hermana Paulina entraría religiosa, se decía: «Yo también seré religiosa». Más tarde, cuando su «Madrecita» le comunicó que pronto entraría en el Carmen, ella se informó de la Regla, y por la noche, repasando en su corazón lo que se le había explicado, creyó oir un llamamiento divino... Tenía a la sazón nueve años.

El lunes, 9 de abril de 1888, la inocente paloma voló a las alturas del Carmelo de Lisieux, y allí recibió el nombre de *Teresa del Niño Jesús*. Ella misma describe en su autobiografía las impresiones de íntima y serena felicidad que experimentó en los primeros momentos: «Todo me parecía admirable en el convento; me creía trasladada a un desierto; mi celdita especialmente me embelesaba. Con todo, mi alegría era en extremo tranquila... Con profundo júbilo repetía en mi interior: «¡Ya estoy aquí para siempre!» (pág. 112). Sus deseos se han colmado y vislum-

bra toda la sublime grandeza de su vida de carmelita y de su oficio de amante y contemplativa: «Hay momentos en que me pregunto si verdaderamente estoy en el Carmen; a veces casi no puedo creerlo. ¿Qué hice yo a Dios para que me colme de tantas gracias? *(Carta 1.ª*, pág. 303)».

*
* *

Vedla, pues, ya en el Carmelo; allí Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz serán dos astros brillantes que iluminarán su camino. Sobre todo las enseñanzas de la Seráfica Madre la conducirán a la perfección del recogimiento activo—que, al parecer, no es otra cosa que la contemplación adquirida o por lo menos que frecuentemente con ella corre parejas—, y de la unión amorosa con Dios.

*
* *

Su contemplación adquirida

En la contemplación adquirida, el alma cesando de meditar, de reflexionar, de producir actos a fuerza de razonamientos, piensa simplemente pero intimamente en Dios. Contempla la verdad divina *con una mirada sencilla y penetrante; mas esta mirada sencilla es el fruto de nuestros propios esfuerzos, ayudados de la gracia ordi-*

naria (1). Esto es, que después de un trabajo casi imperceptible de la razón que es discursiva y adquiere la ciencia poco a poco, la inteligencia, por intuición, puede abarcar de un solo golpe de vista, como desde la cumbre de una montaña, los conocimientos fragmentarios que adquieren trabajosamente los que exploran la planicie. Por este alejamiento hácia las cumbres el contemplativo ve la unidad de aquello que la razón le obligaba a considerar como distinto. Si nosotros queremos llegar a Dios, es preciso dejar atrás todas las criaturas para elevarnos por una ascensión *semejante* hácia la unidad divina.

Sin embargo, para ser cristiana y verdaderamente digna de este nombre, tal contemplación no se limita a la especulación; no se contenta, como en los filósofos antiguos, con conocer la verdad, y con gozarse de ese conocimiento; porque un conocimiento puramente especulativo podría entorpecer al alma en vez de favorecer su vuelo. He aquí porqué la contemplación cristiana debe proceder del deseo de abrasarse en amor divino; así se la ha definido justamente bajo una forma descriptiva: «*un conocimiento afectuoso y sincero de Dios y de sus obras, conocimiento que es el fruto de nuestros esfuer-*

(1) *Contemplatio evangelica est simplex intuitus Divinæ veritatis nostra industria comparatus.* (JOSEPH A SPIR. S., *Cursus theol. myst. scol.*, Tom. II. Disp. 8, n.º 7.).

zos. (2). Este es un descanso amoroso: uno se dirige sencilla y naturalmente hacia Aquél a quien ama, permanece junto a El como un tierno niño en los brazos de su madre y deja obrar a su corazón.

Luego esta contemplación, en lugar de alimentarse de consideraciones y afectos variados y múltiples, se contenta con un pensamiento, con una sola mirada sobre la verdad divina. Comenzando de ordinario, por actos de recogimiento, de adoración y de consagración, continúa luego en una atención confusa y amorosa a Dios, y así entonces el alma también se ha de andar sólo con advertencia amorosa a Dios, sin especificar actos. Habiéndose... pasivamente, sin hacer de suyo diligencias, con la determinación y advertencia amorosa, simple y sencilla, como quien abre los ojos con advertencia de amor. Tal fué la oración de los patriarcas cuando andaban en la presencia de Dios para llegar a ser perfectos. Esta simplificación de actos intelectuales y afectivos resulta, como hemos dicho, de la simple acción de las leyes psicológicas de nuestra actividad personal, ayudada de la gracia ordinaria. En fin la experiencia misma parece demostrar que, para la mayor parte de las almas que han

---

(2) *Contemplatio acquisita est summae Deitatis atque effectuum ejus afectuosa et sincera cognitio, nostra industria comparata* (Thomas a Jesu), *De Contemplatione div.* Lib. I. Cap. III, p. 88).

comenzado a gustar de Dios, esta oración sencilla es frecuentemente la única posible, sin aquél esfuerzo que fatigaría y sería poco provechoso.

*
* *

Sigamos ahora a nuestra Santa en su vida de Carmelita. Allí, en la escuela de Santa Teresa veremos su oración de simplicidad tal cual la había comenzado a practicar en el siglo, no solamente sosteniéndose, sino también llegando a su mayor intensidad.

Y desde luego, en el claustro como en el siglo, las oraciones vocales señaladas de antemano y la meditación tomada en sentido riguroso, apenas tuvieron importancia en el camino de su unión con Dios. A propósito de oraciones vocales ella misma dice: «Para que la oración sea eficaz no es preciso leer en algún libro alguna hermosa fórmula compuesta para circunstancias determinadas; si así fuera ¡cuán digna de lástima sería yo! Fuera del Oficio divino que, aunque indigna, tengo la dicha de rezar cada día, no me siento con valor alguno para sujetarme a buscar las oraciones en los libros, esta me da dolor de cabeza. ¡Son tantas!... Además, ¡son tan hermosas unas y otras! No pudiendo, pues, rezarlas todas, ni sabiendo cuáles elegir, hago como los niños que no saben leer: Digo sencillamente a Dios lo que deseo y me comprende siempre. Para mí es la oración un *impulso del corazón, una*

simple mirada dirigida al cielo; es un *grito de agradecimiento y de amor* que elevamos al cielo, lo mismo en medio de la tribulación que en el seno de la alegría. En fin, es algo elevado y sobrenatural que dilata el alma y la une a Dios (pág. 177)». Ni se inclina más por la meditación metódica: «Aunque no desprecio los *hermosos pensamientos* que unen con Dios, tengo bien entendido, hace tiempo, que no es prudente apoyarse demasiado en ellos, (pág. 169)» «El amado no tiene necesidad de nuestras obras deslumbradoras ni de nuestros pensamientos sublimes. Si quisiera concepciones sublimes, ¿no tiene por ventura sus Angeles, cuya ciencia es inmensamente superior a la de los más preclaros ingenios de este mundo? No viene, pues, a buscar aquí ingenios, ni talentos... No se manifiesta como *Flor de los campos* sino para enseñarnos cuánto aprecia la sencillez. (Carta XIV a Celina, pág. 317).» «Jesús se contenta con una mirada, con un suspiro de amor. (*Carta* III, pág. 346).» «Todos los más hermosos discursos serían incapaces de hacer brotar un acto de amor, sin la gracia que toca al corazón. (*Carta* XVI, página 319).» Por donde vemos que todavía prefiere siempre la oración de simplicidad, sobre todo cuando es afectiva.

*
* *

Santa Teresa aconsejaba a sus monjas que contemplasen amorosamente a Nuestro Señor

como presente, ora «*muy junto a nosotros*». (3) ora *dentro de nosotros*, «en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que le hizo, y la tierra (4).» A seguida les aconseja también que se ejerciten en repetidos afectos: «Si pudiere, muchas veces en el día; sino, sea pocas (5)». Poco a poco se adquirirá ese *hábito* que será un verdadero *estado* de recogimiento adquirido. Dice también la Santa: «¡Oh, hermanas, las que no podéis tener mucho discurso del entendimiento, ni podéis tener el pensamiento sin divertiros! *acostumbraos*, *acostumbraos*. Mirad que yo sé que podéis hacer esto; que uno puede, con sus propios esfuerzos, adquirir la costumbre de vivir así en compañía del Maestro por excelencia (6).»

Siguiendo este consejo de la Seráfica Madre, Sor Teresa no limitó su oración de simplicidad a algunos actos aislados, a sólo un suspiro de amor, a una mirada única, reposada pero transitoria; esa oración en Teresita fué realmente un estado, una permanente disposición de alma. Ella moraba *junto a su Jesús*, humilde, atenta, cariñosa. Ella misma dice: «Las almas abrasadas no pueden permanecer inactivas. Sin duda que, como la Magdalena, permanecen a los pies

---

(3) *Cam. de Perfección* c. XXVI, 1.
(4) *Cam. de Perf.* c. XXVIII, 5.
(5) *Cam. de Perf.* c. XXIX. 7.
(6) *Cam. de Perf.* c. XXVI, 2).

de Jesús, escuchando su dulce y ardiente palabra; al parecer están inactivas, pero hacen mucho más que Marta, que «se inquietaba por *muchas cosas* (7) (pág. 193)». «Sí, Dios mío, soy feliz al verme pequeña y débil en vuestra presencia; mi corazón goza de dulce paz (pág. 206)». «Yo, pobre *niñita*, permanezco junto al trono real; *amo* por los que combaten (pág. 203).»

Le gustaba también considerar a Dios como presente *en ella misma*, o perderse *en Dios* y permanecer escondida *en El.*

Decía nuestra contemplativa: «Mi corazón tiene deseos inmensos; por esto, con toda confianza, os pido que vengais a tomar posesión de mi alma. ¡Ah! no puedo recibir la sagrada Comunión con la frecuencia que deseo; pero Señor, ¿no sois Omnipotente? Permaneced en mí como en el *Tabernáculo;* no os *alejéis* jamás de vuestra pequeñita hostia *(Oraciones*, pág. 290).»

«Tu viviente santuario seré yo,
que los malos no pueden profanar;
vive de mi corazón y hazle un jardín,
cuyas flores te miren sin cesar.
Si te alejas del valle, blanco lirio,
marchitas muy en breve las verás.
Siempre mi bien amado,
Jesús, lirio aromático
florece en mí. (*Poesías*, pág. 383).»

(7) *Turbaris erga plurima*, (Luc. X. 41).

Y prosigue todavía: «¡Oh Jesús mío, *bálsamo derramado es tu nombre*, (8) en este perfume divino es donde quiero sumergirme totalmente, lejos de las miradas de las criaturas! *(Consej. y Rec.* pág. 268).»

Hasta *en sus mismas ocupaciones exteriores* conservaba su recogimiento: «Durante el día me ponía a coser, sin levantar cabeza, queriendo ser fiel y obrar tan sólo bajo la mirada de Jesús, (pág. 113).» «Cuando sus ocupaciones no eran para ocuparle por completo su atención, se le ofrecía naturalmente el pensamiento de Dios, (pág. 214).» «Entrando cierto día en su celda una novicia, se paró esta de repente sorprendida por el celestial resplandor de su rostro. Estaba cosiendo con gran actividad, y parecía abismada en profunda contemplación.—«¿En qué pensaba?»—le preguntó la novicia.—«Estoy meditando la *Oración dominical*»—respondió— ¡Es tan dulce llamar a Dios *«Padre nuestro!»* Y en sus ojos brillaban lágrimas de ternura, (página 214).» En una palabra, según su propio testimonio: «Se cernía en las alturas, (pág. 217).»

*
* *

Su unión adquirida

Además de la contemplación adquirida, Santa Teresa enseña a sus hijas, *una unión con Dios*

(8) *Oleum effusum nomen tuum*. (Cant, I-2.)

fruto de nuestros propios esfuerzos (9). La unión adquirida es el *simple querer* como la contemplación adquirida es la *simple intuición* o la *simple inteligencia.* Esta unión consiste en conformar, en fundir lo que hay de más íntimo en nosotros con lo que hay de más profundo en Dios; en mezclar la gota de agua de nuestro pobre amor con el vino abrasador del Corazón divino.

La fé nos enseña que Dios nos amó y que su amor le atrae a la tierra y a nuestra alma (10); pues bien, el que a si mismo se llamó la Verdad ha dicho: *Estad en mí y yo en vosotros* (11). El alma, con toda sencillez, debe obedecer a este tan dulce mandamiento. Debe vivir en la intimidad con el Dios que mora en ella; es decir, sin actos distintos, sin apegarse a nada particular, debe retirarse, sepultarse dentro de sí misma. Dios mismo, como enseñan Santa Teresa y San Juan de la Cruz, es el centro de nuestra alma, y cuando el alma penetra en ese pequeño cielo de su ser íntimo, en la unidad y simplicidad adquiere conciencia de que toca a Dios, de que El vive en ella y ella en El. Se siente amada, Le

---

(9) PHILIPPUS A S. TRIN. *Summa. theol. myst.*, Pars III, Tract. I., art. IV.

(10) *Et credidimus charitati quam habet Deus in nobis: Deus charitas est: et qui manet in charitate in Deo manet* (I. Joan, IV-16).

(11) *Manete in me et ego in vobis* (Joan. XV-4).

ama y, como Santa Teresa, querría amarle hasta morir de amor. «Es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de este puro amor, y más provecho hace a la Iglesia, *aunque parece que no hace nada*, que todas esas otras obras juntas... Al fin, para este fin de amor fuimos criados (12). Todo esto no es cosa de la imaginación o del sentimiento. Es completamente verdadero; es cosa de la teología; es cosa de la fé pura; es cosa del Evangelio.

La unión adquirida es de modalidad menos perfecta que la unión infusa. Estas dos uniones suponen una conformidad perfecta de nuestra voluntad con la de Dios: esto es la caridad perfecta. Para llegar a ella hay que distinguir *de hecho y materialmente* dos vías. La unión adquirida está bajo el régimen de los *dones activos* del Espíritu Santo, mientras que la unión infusa está bajo el régimen más especial y manifiesto de los *dones de contemplación*, sobre todo de Inteligencia y Sabiduría (13).

Santa Teresa distingue cuidadosamente *la unión adquirida de la unión infusa* y habla de la primera en estos términos: «La verdadera unión se puede muy bien alcanzar, con el favor

---

(12) S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*. Estrofa XXVIII, (pág. 513). Los textos tomados de San Juan de la Cruz se refieren a la Edición crítica, hecho por el Padre Gerardo de San Juan de la Cruz, (C. D.) en Toledo, 1912.

(13) J. MARITAIN: *Questión sur la vie mystique et la contemplatión. La vie Spirituelle*, Mars, 1925, p. 642, 643.

de Nuestro Señor, si nosotros nos esforzamos a procurarla, con no tener voluntad sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios... ¡Oh, qué unión esta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, que vivirá en esta vida con descanso, y en la otra también; porque ninguna cosa de los sucesos de la tierra la afligirá, si no fuere si se viere en algún peligro de perder a Dios, o ver si es ofendido (14)».

«Pues ea, hijas mías, priesa a hacer esta labor y tejer este capullo... Muera, muera este gusano, como lo hace el gusano de seda en acabando de hacer para lo que fué criado, y veréis cómo vemos a Dios, y nos vemos tan metidas en su grandeza, como lo está este gusanillo en este capucho».

«Es necesario que muera el gusano... acá es menester que, viviendo en esta vida, le matemos nosotras. Yo os confieso que será a mucho más trabájo, mas su precio se tiene; así será mayor el galardón, si salís con victoria. Mas de ser posible no hay que dudar, como lo sea la unión verdaderamente con la voluntad de Dios.» (15) «Es muy cierto que en vaciando nosotros todo lo que es criatura y desasiéndonos de ella por amor de Dios, el mismo Señor la ha de henchir de Sí. Y así, orando una vez Jesucristo Nuestro Señor por sus Apóstoles..., dijo: *que*

(14) *Quintas Moradas*, cap. III. n.º 5

(15) *Quintas Moradas*, cap. II., 6. y cap. III., 5).

tuesen una cosa con el Padre y con El, como Jesucristo Nuestro Señor está en el Padre y el Padre en El (16). ¡No sé qué mayor amor puede ser que éste! Y no dejaremos de entrar aquí todos, porque así dijo Su Majestad: *No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también,* (17) y dice: *Yo estoy en ellos* (18-19)».

Santa Teresa del Niño Jesús experimentó esta unión con Dios fruto de nuestros esfuerzos ayudados de la gracia ordinaria y su ejercicio fué particularmente fructuoso y tranquilo para su alma.

Con una incomparable agudeza psicológica describe en estos términos lo que podríamos llamar la quinta esencia de la unión divina: «La resignación difiere también de la voluntad de Dios; hay en ello la misma diferencia que existe entre la unión y la unidad; en la unión hay todavía dos, en la unidad no hay más que uno. ¡Oh, sí, no seamos más que uno con Dios, aun viandando en este mundo, y para ello no nos contentemos con resignarnos. (Carta III a Celina, pág. 305).» «Mi corazón está lleno de la voluntad de Jesús; así, cuando algo se le echa por

---

(16) *Ut omnes unum sint sicut tu Pater in Me et Ego in Te, ut et ipsi in Nobis unum sint,* (Ioan. XVII-21).

(17) *Non pro eis autem rogo tantum, sed et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in Me.* (Joan. XVII-20).

(18) *Ego in eis,* (Joan. XVIII-23).

(19) *Séptimas Moradas,* c. II., 7).

encima, no penetra hasta el fondo; es un nada que fácilmente se desliza como el aceite en la superficie del agua cristalina. ¡Ah, si mi alma no estuviese previamente llena, si fuese menester llenarla con los sentimientos de alegría y de tristeza que se suceden tan presto, sería un torrente de amarguísimo dolor! Pero estas alternativas sólo rozan mi alma; por esto quedo siempre en profunda paz, que nada puede alterar (páginas 223-224).»

Ella decía a las novicias: «VV. CC. se entregan demasiado a lo que hacen; se inquietan por lo que está por venir como si fuese de su incumbencia. ¿Se ocupan acaso en lo que está pasando en los otros conventos, en si las religiosas están o no atareadas? ¿Por ventura les impiden sus trabajos rogar y hacer oración? Pues bien, de la misma manera han de desterrar su propia solicitud personal y emplear concienzudamente el tiempo prescrito, pero con desasimiento de corazón. Recuerdo haber leído que los Israelitas edificaron las murallas de Jerusalén trabajando con una mano y empuñando la espada con la otra (II Esdr., IV-17). Esta es la figura exacta de lo que debemos hacer nosotras; no entregarnos totalmente al trabajo material, procurando al mismo tiempo librar nuestra alma de la disipación, que la impide llegar a la unión con Dios. (*Consej. y Recuer.* p. 269).»

Aun dice a sus novicias: «Si con mi caminito de amor las indujese a error no teman que se lo

deje seguir por mucho tiempo. Pronto me aparecería para decirles que tomen otro camino; pero sino vuelvo, crean en la verdad de mis palabras» Se sabe que la Santita se apareció efectivamente, no para decir que su camino es engañoso, sino por el contrario para afirmar que es seguro... (Pag. 233)»

Instruyendo de esta manera a las novicias nuestra amadísima Santa no hacía más que recomendarles lo que ella misma habitualmente practicaba. Ved lo que dice: «Si el fuego y el hierro estuvieran dotados de razón y este último dijera al fuego: «Atráeme», ¿no querría decir con esto que su deseo es identificarse con el fuego, hasta llegar a compartir su propia sustancia? Pues bien, esta es justamente mi oración. Pido a Jesús que me atraiga en las llamas de su amor que me una a El tan extrechamente que viva y obre dentro de mí. (pag. 193.)» «No siento ya que me sea necesario negarme los consuelos del corazón, pues *mi corazón está afianzado en Dios...* Al contacto de su único amor, ha ido *agrandándose* poco a poco, (pag. 172).

Ella obra de suerte que ninguna preocupación, al cumplir los oficios que le son confiados, altere nunca su amorosa unión: «Quiero que Jesús se enseñoree de todas mis potencias, de tal suerte, que en adelante no haga yo más acciones humanas y personales, sino obras totalmente divinas, inspiradas y dirigidas por el Espíritu de Amor (Consej. y Rec. p. 275).

Esta unión amorosa con Dios, que le había llegado a ser tan reconfortante como habitual, le hacía decir:

«*Mi cielo* es sentir en mi
De aquel Dios la semejanza
Que con la virtud de un soplo
Me sacara de la nada.
Mi cielo es sentirme siempre
De la lumbre de su cara
Cercada, y llamarle Padre
Y pensar que hija me llama.
Entre sus brazos divinos
Yo no temo la borrasca,
Que es el total sacrificio
La única ley de mi alma.
Dormirme sobre su pecho,
Muy cerquita de su cara,
Eso, eso el cielo es
De mi alma.

(*Mi cielo, pág. 391*)

Así nuestra querida Santa iba a Dios directamente por la inteligencia y la voluntad sin apegarse a ninguna cosa particular. Su vida de carmelita puede resumirse en la palabra del divino Maestro: «*Yo hago siempre lo que agrada a mi Padre* (20); y hallaba en el ejercicio de la contemplación y de la unión adquiridas una intimidad

(20) *Quia ego quæ placita sunt ei, facio semper.* Joan. VIII-29.

con Dios tan suave como nutritiva para su alma. Este doble ejercicio había llegado a ser para ella casi tan natural como la respiración... Como nuestra Madre Santa Teresa es preciso que procuremos arraigarnos en la caridad de Cristo, viviendo incesantemente a través de todas las cosas con Aquel que habita en nosotros y que es caridad. El desea asociarnos a todo lo que El es y transformarnos en El. Avivemos nuestra fé, pensemos que El está allí dentro y que nos quiere fieles. Los santos son almas que se olvidan del tiempo, que se pierden en Aquel a quien aman sin volver sobre si, sin mirar a la criatura, de tal manera que pueden decir con S. Pablo: *Ya no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí* (22)»

(22) *Vivo autem, jam non ego; vivit vero in me Christus* (Gal. II-20).

SEGUNDA PARTE

LA ACCIÓN DE DIOS

(Oración infusa de Teresa)

Santa Teresita del Niño Jesús
y de la Santa Faz, Carmelita Descalza,
monja profesa en el convento
de Lisieux (Francia).

SEGUNDA PARTE

LA ACCION DE DIOS

(Oración infusa de Teresa)

San Juan de la Cruz decía a las almas de oración dirigidas por él «que la seráfica Madre Teresa llamaba oración mental, la contemplación que podemos tener a nuestro modo, por la fe con los auxilios ordinarios de la gracia.» Les aseguraba que observando fielmente los consejos dados por la Santa Madre, llegarían a ser *verdaderas contemplativas.* El mismo Santo Doctor enseñaba a las personas sencillas a poner su alma en descanso delante del Señor, nada más que en una amorosa mirada de fe, y *recibían iluminación divina y los efectos propios de la misma aún sin que de ello se apercibiesen* (1).»

Tal nos parece el caso de nuestra Sor Teresa del Niño Jesús. A nuestro juicio, ella fué tam-

---

(1) Joseph a Jesu-Maria, *Historia ven. P. Joannis a Cruce.* Coloniæ, 1663, Libr. I, cap. 34, pág. 97-98).

bién favorecida de la oración infusa sin que de ello tuviera conciencia. En ninguna parte habla de grados de oración mística; ni piensa en ello siquiera, al menos por lo que a ella misma pudiera referirse. Sin embargo, diversos pasages de su autobiografía indican que pasó por las noches pasivas del sentido y del espíritu; y estas dos purificaciones, como sabemos, son producidas por la misma contemplación infusa. Por otra parte, los hechos ciertamente místicos aportados por la Santita, dan motivo para creer que ella llegó hasta la unión transformante. En este supuesto ¿no hay derecho a sacar en consecuencia que *la iluminación* y *el amor* de que habla repetidas veces, y que ella misma señala como extraordinarios, fueron producidos en ella por las oraciones infusas? Luego, a nuestro juicio, nuestra Santa subió efectivamente la escala mística.

Que algunos de nuestros lectores no se extrañen de no encontrar, en Santa Teresita, la división de los grados de oración ordinariamente admitida por los autores. Nosotros decimos a este propósito que, en teología mística, es preciso atenerse a los elementos esenciales de la oración infusa y preocuparse menos de clasificar, de describir y de analizar las diferentes especies de oración. Ni es preciso siquiera sujetarse servilmente a la clasificación de los grandes maestros en esta materia. En los libros de su *Vida* y de sus *Moradas*, Santa Teresa nos da el fruto de *su* larga y preciosa experiencia. Su clasifica-

ción tan clara y tan precisa, tan sobria y tan racional, es sin duda ninguna un precioso hilo conductor en los caminos secretos de la unión mística, y bien temerario sería el que quisiera modificar esta celestial doctrina. Sin embargo, nada nos obliga a ver en esa clasificación una ordenación invariable. Todos los contemplativos no son necesariamente de la envergadura de una Santa Teresa de Jesús y de un San Juan de la Cruz; ni todos los hechos místicos han de hallarse necesariamente en toda alma contemplativa. He aquí porqué, si nosotros desarrolláramos los diversos grados de oración infusa, apropiándoselos a Sor Teresa, temeriamos hacer obra de mal psicólogo; puesto que estamos persuadidos de no poder encontrar en la autobiografía todos los elementos necesarios para esta clasificación.

Dejaremos, pues, establecido que nuestra Santa pasó por las pruebas de las noches pasivas del sentido y del espíritu, producidas ambas por la contemplación infusa, y en su contemplación misma encontraremos *luz infusa* y *amor infuso:* los dos caracteres esenciales de toda oración pasiva.

CAPITULO PRIMERO

El elemento purificador de su Contemplación infusa

La oración infusa acrecienta nuestra participación de la divinidad, hasta que al fin nos une a Dios por una transformación que comienza en esta vida y se consuma en la otra. Ahora bien, por regla general, en la contemplación infusa, el alma tiene necesidad de ser purificada en la medida que exige la excelencia del grado de participación divina que el Señor quiere bondadosamente comunicarle. Estas purificaciones se llaman *Noche pasiva del Sentido* y *Noche pasiva del Espíritu*, y Sor Teresa del Niño Jesús sufrió estas dolorosas pruebas como todos los contemplativos. En efecto, sería un error creer que el ángel de Lisieux gustó sin cesar, en el Carmelo, las delicias del Tabor. Puede ser que para muchos parezca haber pasado sobre la tierra en medio de sonrisas y fervorosa ternura, sin haber conocido más que las benéficas influencias de un sol primaveral, sin experimentar las tristezas de las lluvias y ráfagas heladas del invierno. ¡Error! Ella sufrió mucho aquí abajo y en sus úl-

timos días recomendaba encarecidamente *que se hiciese saber esto a las almas después de su muerte,* presintiendo ya que el sello de la cruz, con el cual estaba marcada su vida, sería para muchos el signo de la autenticidad de su misión.

Los sufrimientos que hirieron el corazón sensible de la angelical niña, son casi todos del dominio íntimo del alma, lo mismo que aquellos sufrimientos que experimentaron los santos y sobre todo los grandes contemplativos. «¡Dios tiene que vencerse para darnos a beber el cáliz de amargura; pero sabe que es el *único medio de prepararnos para conocerle como El se conoce y llegar nosotras mismas hasta ser dioses!* (Carta I a Celina, págs. 304-305)». «No estamos todavía en nuestra patria y la tentación debe purificarnos como el oro en el crisol. (Carta XVIII a Celina, pág. 324).» De este modo a las gracias sensibles de que fué colmada en el mundo, siguieron, casi durante toda su vida religiosa, salvo raros intervalos, flaquezas y hasta arideces desoladoras, que no eran otra cosa que las pruebas de la noche pasiva que garantizan el carácter infuso de su oración.

§ I.—Noche pasiva del Sentido

En la Noche pasiva del sentido el alma se deja labrar y reformar por la mano de Dios. Es el mismo Señor quien allí subordina perfectamente el sentido del alma a la razón. Por la privación

de la gracia y de la devoción sensibles, extenua y purifica los sentidos; calma así al alma, y, provee al espíritu de las disposiciones más favorables a la contemplación y a la verdadera sabiduría. Sin embargo Dios no acostumbra castigar a sus elegidos a dos manos; mientras una les envia cruces, la otra les prodiga favores. Así al mismo tiempo que el Señor priva a su fiel servidor de la devoción y de la gracia sensibles, le da la gracia eminente de la contemplación infusa inicial. Sin embargo la contemplación pasiva naciente no carece de nuevas espinas; porque este alimento de los fuertes, al alma le parece amargo; puesto que hiere su delicado paladar, ávido de las dulzuras sensibles que había gustado hasta ahora. Desde aquí experimenta indiscutibles ansiedades. (2) Con esta purificación comienza positivamente la contemplación infusa. (3) Corresponde muy probablemente al estado que Santa Teresa llama «recogimiento pasivo (4)». Este es el comienzo de la vida mística, donde Dios concede en realidad la contemplación naciente, aproximándose al alma, sin darse a ella todavía: «No se deja entrever mas que por un resquicio (5)» dice San Juan de la Cruz.

---

(2) Joseph a Spir. S., *Cursus theol. myst. scol.* Tomo VI, Disp. VLII, q. 6.

(3) *Noche oscura* L. I. cap. III.

(4) *Moradas cuartas*, Cap. III. 4 y sig.

(5) *Cántico espiritual* 1.ª Parte, Verso 5.º p. 183.

El santo Doctor habla de la Noche pasiva del sentido, sobre todo en el primer libro de la «Noche oscura», donde su experiencia personal le sugirió palabras de consuelo y de preciosos consejos para las almas que marchan por esta vía dolorosa. He aquí como describe esta prueba purificadora. «Cuando más a su sabor y gusto andan (los principiantes) en estos ejercicios espirituales, y cuando más claro a su parecer les luce el Sol de los Divinos favores, oscuréceles Dios toda esta luz, y ciérrales la puerta y manantial de la dulce agua espiritual que andaban gustando en Dios todas las veces y todo el tiempo que ellos querían (porque, como eran flacos y tiernos, no había puerta cerrada para ellos, como dice San Juan en el Apocalipsis III-8). Y así les deja tan a oscuras, que no saben por donde ir con el sentido de la imaginación y el discurso. Porque no saben dar un paso en el meditar, como antes solían, anegado ya el sentido interior en esta noche, y dejado tan a secas, que no solo no hallan jugo y gusto en las cosas espirituales y buenos ejercicios en que solían ellos hallar sus deleites y gustos, mas en lugar de esto hallan por el contrario sinsabor y amargura en las dichas cosas. Porque, como he dicho, sintiéndolos ya Dios aqui algo crecidillos, para que se fortalezcan y salgan de mantillas, los desarrima del dulce pecho, y abajándolos de sus brazos, los muestra a andar por sus piés, en lo cual

sieten ellos gran novedad porque se les ha vuelto todo al revés. (6)»

*
* *

Santa Teresa parece haber tenido experiencia de este estado desde su entrada en el claustro... Dios quería aumentar la capacidad de esta alma que desfallecía bajo el peso de la gracia sensible. Era preciso abrir nuevos abismos al torrente de vida que de ella ya se desbordaba. La misma Teresita tiene conciencia de que sin recibir gracias *propiamente extraordinarias*, sin que varie su camino, el sufrimiento de las noches pasivas va a perfeccionar esta obra divina.

Imposible poder decir lo que sufrió entonces esta inocente niña, cuando apenas había gustado una paz que parecía inalterable. ¡Qué edificante aparece exponiendo con candor y sencillez, estados tanto mas humillantes cuanto el menor aletazo parecía bastar para librarla de ellos, y tanto más dolorosos cuanto más opuestos eran a todo lo que ella había experimentado hasta entonces.

Citemos a este propósito algunos pasajes significativos, espigados en su autobiografía: «Con más espinas que rosas tropezaron mis primeros pasos. Desde el principio mi alma se alimentó

(6) *Noche oscura*, Libro, I cap. VIII, pags. 26-27.

con el pan cuotidiano de la sequedad más amarga... Sí, puedo decir, que el dolor me salió al encuentro a mi entrada en el Claustro, y lo abracé con amor... Durante cinco años caminé por esta senda; pero sólo yo lo sabía. Esta es cabalmente la flor ignorada que deseaba ofrecer a Jesús, flor cuyo aroma no se exhala sino en dirección del cielo. (pags. 113-114)». La mañana de nuestra vida pasó; hemos gozado las brisas embalsamadas de la aurora; pero cuando el sol estuvo en su apogeo, Jesús nos condujo a su Jardín, y nos hizo recoger la mirra de la prueba separándonos de todo y privándonos hasta de las alegrías de su presencia.—No quiere que le amemos por sus dones, es El mismo quien debe ser nuestra recompensa (Cartas a Celina, 6 de julio y 2 de agosto de 1893)».

Ella escribía durante su *retiro espiritual de Toma de Hábito* (Enero 1889): «En mis relaciones con Jesús, nada: ¡sequedad! ¡sueño! Puesto que mi Amado Bien quiere dormir, no se lo impediré; me siento demasiado feliz viendo que no me trata como forastera, que no usa conmigo de cumplidos. El acribilla *su pelotita* con punzadas muy dolorosas de alfiler. Cuando es este dulce Amigo el que atraviesa por sí mismo su pelota, el sufrimiento se convierte en dulzura. ¡Es tan suave su mano! ¡Qué diferente es de la de las criaturas!.

«Con todo, me siento feliz, sí, muy feliz de padecer. Si Jesús no atraviesa por sí mismo su pe-

lotita, El es quien guia la mano del que la hiere. ¡Oh, Madre mía, si supiese hasta qué punto quiero ser indiferente a las cosas de la tierra! ¿Qué me importa todas las bellezas criadas? ¡Sería tan desgraciada si las poseyera! ¡Ah, cuán grande me parece mi corazón, cuando lo comparo con los bienes de este mundo, puesto que todos reunidos no podrían satisfacerlo; pero cuando lo comparo con Jesús ¡cuán pequeño!

«¡Qué bien se porta conmigo el que pronto será mi Prometido!, ¡qué divinamente amable al no permitir que me deje cautivar por ninguna cosa de aquí abajo! Sabe perfectamente que si me enviase sólo una débil sombra de felicidad, me pegaría a ella con toda la energía, con toda la fuerza de mi corazón. Mas El me niega esa sombra... prefiere dejarme en la oscuridad a darme un falso resplandor fuera de El.

«No quiero que las criaturas posean un solo átomo de mi amor; quiero dárselo todo a Jesús puesto que me hace comprender que sólo El es la felicidad perfecta. ¡Todo será para El, todo! Y cuando nada tenga que ofrecerle, como acontece esta tarde, le ofreceré esta misma nada... *(Carta II a la M. Inés de Jesús*, pág. 330).»

Esta descripción nos recuerda la primera señal de la noche pasiva del sentido, dada por San Juan de la Cruz: «entonces no se encuentra gusto, ni consuelo en las cosas de Dios»; y en este mismo tiempo «tampoco le halla en alguna de las cosas criadas». Este es cabalmente el pri-

mer indicio por el cual el hombre espiritual reconoce que está sufriendo la sequedad purificadora y no una impresión natural de falta de energía, o de tibieza, «porque si esto fuese, sentirse hía en el natural alguna inclinación o gana de gustar de alguna otra cosa que de las de Dios (7) . La Noche pasiva del sentido es, pues, una fatiga universal que, por más que imponga respeto, es más *aparente* que real. El alma parece sin vigor, porque ya no está sostenida por la devoción y la gracia sensibles; realmente, sin embargo, está fuerte y fervorosa, porque, a pesar de todo, quiere a Dios únicamente, le busca con ansia y sufre con su aparente ausencia.

La Santa continúa: «Sí, deseo estas heridas del corazón, estos alfilerazos que tanto hacen padecer... Prefiero el sacrificio a todos los éxtasis. En él está la dicha para mí; no la encuentro en ninguna otra parte. La cañita no teme romperse, porque está plantada junto a las aguas del amor. Así, cuando se dobla, esta onda bienhechora la robustece y le hace desear que otro vendabal venga de nuevo a humillar su cabeza. *Mi debilidad constituye toda mi fuerza.* No puedo quebrantarme, porque, venga lo que viniere, no veo sino la dulce mano de Jesús. Para conquistar la palma de la victoria, todo padecer es poco. *(Carta III, a la M. Inés de Jesús*, pág. 331).»

»Querida hermana mía: Su *corderillo*, como

(7) *Noche oscura*, Libro I, cap. IX, pág. 28).

se complace en llamarme, quisiera pedirle prestado un poco de fuerza y de valor. Nada puede decir a Jesús; y sobre todo, Jesús no le dice absolutamente nada. Ruegue por mí, para que mi retiro, a pesar de todo, sea agradable al Corazón del único que lee en las interioridades del alma.

»La vida está llena de sacrificios, es verdad: ¿Porqué, pues, buscar en ella la felicidad? ¿No es simplemente *una mala noche que hay que pasar en ruin posada*, como dice nuestra Madre Santa Teresa?

»Confieso que mi corazón está sediento de felicidad; pero bien veo que no hay criatura alguna capaz de satisfacerlo. Al contrario, cuanto más beba de esa fuente hechizadora, más ardiente será mi sed.

»Conozco un manantial donde *tienen siempre sed los que beben* (8); pero es una sed muy dulce, una sed que siempre puede satisfacerse; este manantial es el padecer, conocido sólo de Jesús!... (*Carta II, a Sor María del Sagrado Corazón*, pág. 338.)».

*
* *

Su *retiro espiritual para la profesión* fué, como todos los sucesivos, de una aridez grandísima (pag. 126).

---

(8) *Qui bibunt me adhuc sitient* (Eccli. XXIV-29).

También escribía ella el 4 de septiembre de 1890: «Su hijita apenas oye las armonías celestes; su viaje de bodas es muy árido. Verdad es que su Prometido le hace recorrer países fértiles y magníficos; pero la noche impide admirar, y, sobre todo, gozar de todas estas maravillas.

»¿Creerá, quizás, V. C. que, ésto la aflije? Pues no, al contrario, se siente feliz de seguir a su Futuro, tan sólo por El, no por sus regalos. ¡El solo! Es tan hermoso, tan embelesador, aunque se calle, aunque se esconda!

«Comprenda a su hijita; hastiada como está de los consuelos de la tierra, no quiere más que a su Amado.

«Creo que el trabajo de Jesús durante este retiro, ha consistido en desligarme de todo lo que no es El. Mi sola consolación es una fuerza y una paz, muy grandes; además, confío ser tal como Jesús quiere que yo sea, y esto constituye toda mi dicha.

«¡Si supiera cuán grande es mi alegría en no tener ninguna por complacer a Jesús! ¡Es la alegría más refinada, aunque no se sienta lo más mínimo! *(Carta IV a su hermana María del Sagrado Corazón,* páginas 339-340).»

He ahí un nuevo indicio que dá a conocer cómo nuestra amadísima Santa se encuentra realmente en la Noche pasiva del sentido... «Entonces es, dice San Juan de la Cruz, cuando ordinariamente trae la memoria en Dios con solicitud y cuidado penoso, pensando que no sirve

a Dios, sino que vuelve atrás, como se ve sin aquél sabor en las cosas de Dios. Que en esto se ve que no sale de flojedad y tibieza este sinsabor y sequedad; porque de razón de la tibieza es no se le dar mucho ni tener solicitud interior por las cosas de Dios (9).» Teresita, por el contrario, sufre por su falta de fervor aparente, procura luego aplacar a Dios por la ofrenda generosa de su sacrificio y su corazón conserva la paz y hasta la alegría, a pesar del sentimiento de su impotencia en la presencia de Dios.

En otra carta, fechada por aquél entonces, leemos: «Es preciso que su pequeña anacoreta le descubra el itinerario de su viaje.

«Antes de emprender la ruta, me preguntó mi Prometido en qué país deseaba viajar y qué camino deseaba seguir. Yo le contesté que no tenía más que un solo deseo y era el de subir *a la cima del monte del Amor.*

«Al punto aparecieron ante mis ojos numerosos caminos; pero había tantos y todos tan perfectos que me ví incapaz de escoger ninguno sólo por mí misma. Entonces dije a mi Guía divino: «Tú sabes a donde deseo llegar; sabes por quién quiero subir al monte; conoces a Aquél a quien amo y quiero únicamente complacer. Sólo por El emprendo este viaje; guíame, pues, por los caminos de su elección; mientras El esté contento, yo me sentiré en el colmo de la dicha.

(9) *Noche oscura.* Libr. I, cap. IX, págs. 28 y 29).

«Y nuestro Señor me de tomó la mano y me hizo entrar en un subterráneo donde no hace ni frio ni calor, donde no brilla el sol, donde la lluvia y el viento no tienen entrada; un subterráneo donde sólo veo una claridad medio velada, la claridad que esparcen los ojos bajos de la Faz de Jesús.

»Mi Prometido no me dice nada, y yo tampoco le digo sino que le amo más que a mi misma, y siento en el fondo de mi corazón que verdaderamente es así, puesto que pertenezco a El más que a mi misma.

»No veo que adelantemos hácia el fin de nuestro viaje, puesto que se efectua debajo de la tierra; esto no obstante, me parece que, sin saber cómo, nos acercamos a la cumbre del monte.

»Doy las gracias a Jesús porque me hace caminar en las tinieblas; alli estoy en profunda paz. De buen grado consiento en permanecer toda mi vida religiosa en este subterráneo oscuro donde me han hecho entrar; sólo anhelo que mis tinieblas consigan la luz para los pecadores.

»Me siento feliz, si, muy feliz de estar privada de todo consuelo; me avergonzaría si mi amor se pareciese al de las desposadas de la tierra, que tienen los ojos fijos en las manos de sus prometidos, para ver si les llevan algún regalo: o bien, miran su rostro para sorprender en él una sonrisa de amor que las subyugue.

»Teresa, la pequeña prometida de Jesús, ama

a Jesús por sí mismo; sólo quiere mirar el rostro de su Amado Bien para descubrir en El lágrimas que la embelesen con sus ocultos hechizos. Quiere ella enjugar estas lágrimas, las quiere recoger para engastarlas como preciosos e inestimables diamantes en los bordados de su vestido nupcial.

»*¡Jesús! ¡Quisiera amarle tanto! Amarle como nunca nadie le haya amado..*

«Cueste lo que cueste, quiero recibir la palma de Inés; *sino por el martirio de sangre, necesario es que sea por el* AMOR... (*Carta IV a su hermana Inés de Jesús*, págs. 331-332-333).»

*
* *

De esta manera Teresita pasó, desde los comienzos de su vida monástica, por las angustias de la Noche pasiva del sentido, donde, Dios la destetó de las dulzuras sensibles de sus consolaciones. La admiración que tiene al alma en suspenso, el amor que embriaga la voluntad, el gozo que invade el alma y los sentidos, se han trocado, para ella en una aridez monótona e insoportable. En ese estado de alma, ella sufre y gime como la paloma, pero con paciencia inalterable; no cesa de amar a su Dios con amor de serafín y se entrega sin reserva en los brazos paternales del Señor.

Una carta de aquel tiempo viene a poner muy en claro las admirables disposiciones produci-

das en el alma de nuestra Santa durante aquella fase purificadora de su vida mística: «Querida hermanita, eco dulce de mi alma, tu Teresa no se encuentra ahora en las alturas, pero mira, cuando me domina la sequedad, incapaz de hacer oración, de practicar la virtud, busco pequeñas ocasiones, pequeñeces, para complacer a Jesús; por ejemplo, una sonrisa, una palabra amable, cuando quisiera callarme y mostrar fastidio. Si no tengo ocasiones, quiero a lo menos repetirle a menudo que le amo; esto no es difícil y mantiene el fuego en mi corazón. Aún cuando me pareciere apagado este fuego de amor, no dejaría de echar pajitas sobre la ceniza, y tengo por cierto que se reanimaría.

»Verdad es que no siempre soy fiel: pero nunca me desanimo, sino que me entregó en brazos de Nuestro Señor: El me enseña a *sacar provecho de todo, del bien y del mal que halla en mí;* (*) me enseña a jugar a la ruleta del amor, o más bien, El es quien juega por mí, sin decirme cómo lo hace: esto es incumbencia suya, y no mía; lo que me concierne es entregarme completamente, sin reservarme nada, ni siquiera la satisfacción de saber como ha ganado el juego... Después de todo, no soy el hijo pródigo, y no vale la pena de que Jesús me dé un banquete, *puesto que estoy siempre con El* (10).

(*) S. Juan de la Cruz.

(10) *Tu semper mecum es* (Luc. XV-31).

»He leido en el Santo Evangelio que el divino Pastor abandona en el desierto a todas las ovejas fieles para correr tras la oveja perdida. ¡Cuánto me conmueve esta confianza! ¡Mira, pues; está seguro de ellas! ¿Cómo es posible que huyan si son cautivas del Amor? Así, el enamorado Pastor de nuestras almas nos priva de su presencia sensible para dar consuelos a los pecadores; y si nos conduce al Tabor, es sólo por breves instantes... El lugar de los pastos son casi siempre los valles, «*alli donde sestea al mediodia* (11)»

(*Carta XVI, a su hermana Celina* páginas 320-321)».

Por estas palabras podemos adivinar en qué profundidad habitaba nuestro ángel, que decía con un candor de niño cosas tan sublimes como si fuesen enteramente naturales. Perdida en Dios, trepaba por su Calvario con una fortaleza de mártir: el heroismo de su voluntad revelaba bien el carácter infuso de su oración, que ningún dolor, por intenso que fuese, podía interrumpir.

§ 2.—Noche pasiva del Espíritu

Nuestra queridísima Santa conoció igualmente las pruebas de la *Noche pasiva del Espíritu.* La «Historia de un alma» lo demuestra claramente. La divina llama purificadora no se con-

(11) *Ubi cubes in meridie* (Cant, I-6.)

tentó con envolver la parte sensitiva de Teresita; para desembarazarla, por medio de sequedades, de la herrumbre de los sentidos, penetró también hasta lo más profundo de sus potencias y hasta la esencia misma del alma, para regenerarla y disponerla a una unión cada vez más íntima con Dios.

*
* *

La Noche pasiva del Espíritu es un trabajo divino de purificación, ejercido sobre las facultades superiores. Dios dá al alma un conocimiento muy evidente de sus menores miserias ocultas (12) a fin de someter plenamente, por este conocimiento, las potencias racionales a Dios y prepararlas de esta suerte a una unión muy íntima con El. Esta nueva prueba es tanto más terrible en cuanto que es más particularmente oscura y obra sobre un sujeto más noble, cual es la parte racional. (13)

Esta noche es producida por una luz muy intensa, engendrada por el don de *Inteligencia* y a veces también por el de *Sabiduría*. Esta luz es como un rayo de la misma contemplación infusa, que revela los secretos íntimos, las menores miserias ocultas del corazón. Esta luz, por su des-

---

(12) Josep a sprir. S. *Curs, theol. myst. scol.* Tomo VI Dis. XLVII, Núm. 56.

(13) Joseph a Spir., *Cursus theol, myst. scol.*, Tomo VI., Disp. XLV, núm. 2.

lumbradora claridad, y también por la impureza del sujeto sobre el cual ejerce su acción, tortura el alma como si fuera a acabar con ella; porque envuelve la inteligencio con tinieblas cuasi palpables. Sujetando la inteligencia a la consideración de sus defectos, impide su vuelo hacia las cosas de allá arriba. También la voluntad, a la vista de tales miserias, se llena de angustia al mismo tiempo que de horror hacia sí misma, hasta el punto de desesperar en cierto modo de la bondad divina. En una palabra, la causa formal de la Noche pasiva del Espíritu es un muy evidente conocimiento infuso de la infinita grandeza de Dios y de nuestra nada y de ello experimenta el alma un tormento que hace pensar en el purgatorio. (14) (15).

S. Juan de la Cruz (16) describe admirable-

---

(14) Véase PHILIPPUS A SS. TRIN, *Summa theol. mysticæ.*, Pars I, Tract. III, Disc. III, a. 1, 2.—ANTON. A SPIR. S., *Direct. myst*, Tract. II, 282.

(15) Esta prueba parece corresponder a las *Quintas Moradas del Castillo del alma.* Ella señala la entrada de la vía unitiva.—San Juan de la Cruz parece abrazar en las Noches pasivas del sentidó y del espíritu, el conjnnto de los estados místicos inferiores a la Unión transformante pero considerados en tanto que *encierran la oscuridad y los sufrimientos. Noche oscura*, Libro II, cap. I.. páginas 51-52.—JOSEPH A SPIR. S., *Cursus. theol. myst. scol.* Tom. I, Isagoge, Lib. V, Sintagma I, Lect. V, 26.—POULAIN, *Des Grâces d' oraison*, 5.e Partie, chap. V, § 5, p. 224 éd. 1909.

(16) *Noche oscura*, Libro II, capítulos V. VI. VII.

mente esta nueva purificación pasiva, con sus varieda les, sus formas y sus múltiples efectos: «(Esta luz purificadora) hace al alma verse tan impura y miserable, que la parece estar Dios contra ella, y que ella está hecha contraria a Dios... Conoce claro que no es digna de Dios ni de criatura alguna. Y lo que más la pena es, que piensa que nunca lo será, y que ya se le acabaron sus bienes. (*) Algunas veces... el sentido y espíritu, así como si estuviese debajo de alguna inmensa y oscura carga, está penando y agonizando tanto, que tomaría por partido y alivio el morir. (**) El Divino... de tal manera la desmenuza (al alma) y deshace la sustancia espiritual, absorbiéndola en una profunda y honda tiniebla, que el alma se siente estar deshaciendo y derritiendo a la faz y vista de sus miserias... Porque verdaderamente, cuando esta contemplación purgativa aprieta, sombra de muerte y gemidos de muerte y dolores de infierno siente el alma muy a lo vivo, que consiste en sentirse sin Dios, y castigada y arrojada, e indignado él y que está muy enojado, que todo se siente aquí; y más que le parece en una temerosa aprehensión, que ya es para siempre, (***) En esto humilla Dios mucho al alma para ensalzarla mucho después,

---

(*) Página 60.
(**) Página 61.
(***) Páginas 62-65.

y si el no ordenase que estos sentimientos, cuando se avivan en el alma, se adormeciesen presto, desampararía el cuerpo en muy breves días; mas son interpolados los ratos en que se siente su intima vileza. La cual algunas veces se siente tan a lo vivo, que le parece al alma que ve abierto el infierno y la perdición. Porque de estos son los que de veras descienden al infierno viviendo, pues aqui (en la tierra) se purgan a la manera que allí (en el purgatorio) (página 65)».

Pero San Juan de la Cruz no se contenta con pintar los tormentos de las almas que sufren esta prueba, nos hace ver también los provechosos efectos de estas mismas pruebas, cuando son sobrellevadas con sumisión, con humildad, con amor: «Porque como esta divina purga anda removiendo todos los malos y viciosos humores, que por estar ellos muy arraigados y asentados en el alma, no los echaba ella de ver, y así no entendía que tenía en sí tanto mal, y ahora, para echarlos fuera y aniquilarlos se los ponen al ojo, y los ve tan claramente, alumbrada por esta oscura luz de divina contemplación (aunque no es peor que antes, ni en sí ni para con Dios), como ve en sí lo que antes no veía, parécele claro que está tal, que no sólo no está para que Dios la vea, más que está para que la aborreza, y que ya la tiene aborrecida.» (17)

---

(17) *Noche oscura* Libr.II., cap. X., págs. 81-82).

*
* *

Dejemos ahora a Santa Teresita describirnos su calvario, que pone tan de relieve lo que es la Noche pasiva del espíritu, y que nos parece un comentario justo y luminoso de las más sublimes enseñanzas de San Juan de la Cruz. «Hay, en efecto, un alma menos probada, en apariencia que la mia? ¡Ay! si apareciera a las miradas humanas el martirio que sufro desde hace un año, ¡qué extrañeza les causaría! Puesto que V. R. lo desea, intentaré describirlo; pero no hay palabras para explicar estas cosas, y por mucho que haga, el relato será siempre muy inferior a la realidad (p. 148).

«En los alegres días de Pascua me dió a entender Jesús que realmente hay almas faltas de fé y esperanza, las cuales, por el abuso de las gracias divinas, han perdido esos preciosos tesoros, fuente de los únicos goces puros y verdaderos. Permitió que invadieran mi alma las más densas tinieblas y que la idea del cielo, tan dulce para mí desde mi más tierna edad, viniese e ser objeto de lucha y de tormento. El padecimiento de esta tribulación no se limitó a varios días o algunas semanas; hace ya meses que la sufro, y todavía aguardo la hora de verme libre de ella. Quisiera poder expresar lo que siento, pero no es posible. Se necesita haber pasado por este sombrío túnel para comprender su oscuridad... Pero, Señor, ¡vuestra hija ha comprendido esta

luz divina! Ella os pide perdón para sus incrédulos hermanos, se complace en comer el pan del dolor todo el tiempo que gustéis; por amor vuestro se sienta a esa mesa llena de amargura, en donde se alimentan los pobres pecadores, y no quiere levantarse de ella hasta recibir una indicación vuestra.

....

»¡Oh Dios mío, si es preciso que la mesa que ellos mancharon la purifique un alma que os ame, quiero comer sola el pan de las lágrimas, hasta que os plazca introducirme en vuestro reino luminoso; la única gracia que os pido es la de no ofenderos jamás!.

»...Desde mi niñez me fué dada la certeza de que iría un día lejos de mi tenebroso país; me inspiraba esta convicción, no solamente lo que oía decir, sino además las aspiraciones íntimas y profundas de mi corazón, las cuales me permitían presentir, que otra tierra, otra región más luminosa, sería un día mi morada estable; no de otro modo que el genio de Cristobal Colón hacíale adivinar un nuevo mundo. Más de repente penetraron en mí alma las tinieblas que me rodeaban por fuera, envolviéndome ahora de tal suerte, que ni siquiera puedo encontrar en mí la imágen tan dulce de mi patria. ¡Todo ha desaparecido!...

»Cuando mi corazón, fatigado por las tinieblas que le rodean, quiere descansar con el vigoroso recuerdo de una vida futura y eterna, acreción-

tase mi tormento. Me parece que las tinieblas, pidiendo prestada su voz a los impíos se burlan de mí, diciéndome: «Sueñas en la luz, en una patria embalsamada de suaves perfumes; sueñas en la eterna posesión del Creador de estas maravillas; crees que saldrás un día de las tinieblas en que desfalleces; pues ¡adelante!... ¡adelante!... ¡Alégrate de la muerte que te dará, no lo que esperas, sino una noche todavía más oscura, la noche de la nada!...»

¿Verdad que parece estar aquí oyendo al mismo S. Juan de la Cruz que ha dicho: «Cuando esta contemplación purgativa aprieta, sombra de muerte y gemidos de muerte y dolores de infierno siente el alma muy a lo vivo, que consiste en sentirse sin Dios... y... le parece en una temerosa aprehensión, que ya es para siempre? (18) Así el mismo S. Juan de la Cruz afirma que no se pueden mejor comparar las penas de la Noche del espíritu que a los tormentos de los condenados; porque al menos las almas del purgatorio conservan la esperanza cierta de su salvación, y tienen así cierto alivio en sus sufrimientos, mientras que Dios tiene a estas otras almas tan fuertemente oprimidas que parece no descubrir ningún rayo de luz que descubra la gracia eminente que se les ha hecho. Tales almas se han olvidado de todo el bien que obraron, de todos los favores que recibieron. No se acuerdan más

(18) *Noche oscura*, Libro II cap. VI., pag. 63.

que de sus faltas e imperfecciones, y el temor con que las consideran hace que les parezcan enormemente graves. Creen que Dios descarga sobre ellas todos los rayos de su cólera en castigo de sus muchas infidelidades.

La Santa prosigue: «Esta comparación de la prueba que me aflije es tan imperfecta como un esbozo comparado con su modelo; pero no quiero escribir más, temería blasfemar... hasta tengo miedo de haber dicho demasiado. ¡Ah, Dios me perdone! El sabe muy bien, que aunque me falte el goce de la fé, me esfuerzo en practicar las obras. He hecho más actos de fe en un año que durante toda mi vida.

»A cada nueva embestida del enemigo, me porto como un valiente; sé que es una cobardía batirse en duelo, por lo cual vuelvo la espalda a mi adversario, sin mirarle jamás de frente; corro luego a mi Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar toda mi sangre para confesar que hay un cielo, que me considero feliz de no poder contemplar en la tierra con los ojos del alma este hermoso cielo que me espera, y que se digne abrirlo por toda la eternidad a los desgraciados incrédulos.

»Así es que, a pesar de esta aflición que me roba todo sentimiento de gozo, puedo exclamar todavia: «*Señor me colmais de alegria con todo lo que haceis* (Psal. XCI, 5)». ¿Existe mayor alegria que la de sufrir por vuestro amor? Mientras más intenso es el dolor y menos parece a los

ojos de las criaturas, tanto más os hace sonreir, ¡oh Dios mio! Y si, por un imposible, lo ignoráseis Vos mismo, tambien me consideraría feliz de sufrir, con la esperanza de que mis lágrimas pudieran impedir o reparar una sola falta contra la fé.

«Tal vez creerá, venerada Madre mía, que exagero un tanto la noche de mi alma. Si juzga por las poesías que he compuesto este año, le parecerá que recibo grandes consuelos y que casi se ha rasgado ante mis ojos el velo de la fé! A pesar de ello, ya no es un velo, sino un muro que se levanta hasta los cielos y me oculta el firmamento estrellado!

«Si canto la felicidad del cielo, la eterna posesión de Dios, no es porque sienta goce alguno; canto sencillamente *lo que quiero creer.* Confieso que algunas veces ilumina mi alma un ténue rayo de sol; cesa la prueba un instante, pero al punto, el recuerdo de este rayo, en vez de consolarme, hace más densas aún mis tinieblas.

«¡Ah, nunca como ahora he sabido apreciar cuán dulce y misericordioso es el Señor! Me ha enviado esta pesada cruz en la ocasión en que podía llevarla; creo que de veras me hubiera desalentado antes. Ahora sólo me priva de todo sentimiento de natural satisfacción en mi aspiración a la patria celestial (págs. 149 y sigtes).»

*
* *

Así, antes de esta prueba, nuestra Santa podía, en la oración, ocuparse amorosamente con santos pensamientos, con edificantes consideraciones, y he ahí que ahora todo eso le resulta imposible! Su espíritu busca a Dios y su corazón le desea para engolfarse en su amor; pero Dios no se hace accesible y una ansiedad rebosante de amor sostiene al alma en medio de todo género de tribulaciones; ella desea a Dios; pero Dios no se entrega: se esconde!

Sostenida por el don de *Fortaleza* (19) Teresa, humilde y modesta, se dió cuenta de la impotencia humana y sufrió noblemente la divina prueba. Durante las horas de su oración tan sencilla, más profunda todavía por acrecentamientos de fé, ella pone siempre toda su confianza en el abandono del tierno niño que se duerme tranquilo y sin temor en los brazos de su padre (p. 194), en el que ella cree sin verle, y cuyo amor afirma su confianza aunque no experimenta aparentemente más que los rigores de sus celos divinos.

Tales fueron las tribulaciones interiores de Teresa. En la insoportable aridez de esta noche

---

(19) Antes de haber aprendido a clasificar las diferentes virtudes que practicó Teresa (declaraba una de sus hermanas de Hábito al postulador de la Causa) yo las agrupaba toda bajo el título de *Forta leza* (Proc. p. 1.067)»

pasiva, tanto del sentido como del espíritu, sigue siempre la voluntad de Dios, persuadida de que para ir a El, es preciso dejarse conducir por su espíritu y olvidarse enteramente de sí misma. Ella permanece en el estado donde Dios la coloca; ella sufre, ella espera. Adhiriéndose siempre a Dios por una entera donoción a El encuentra el medio de trocar su pobreza en riqueza y su amargo sufrimiento en holocausto de amor. Ella decía: «Muy agradable es servir a Dios en la oscuridad y en las pruebas, pues sólo acá en la tierra podemos vivir la vida de la fé». (*Consejos y Recuerdos*, pág. 286).»

Mi paz es el deseo
De aquél que sólo amo;
Por eso sin temores
Vivo en tinieblas como en día claro
.....
..... mi ternura crece
Cuando mi fé de El ha ya triunfado.

Mi paz y mi gozo (p. 405).

Y aún:

Vivir de amor cuando Jesús dormita,
Es descansar sobre furiosas ondas.
¡Oh, no temas, Señor, que te despierte!
Espero en paz las playas de la gloria.

Vivir de amor (p. 369).

Mostraba cierto día una bebida medicinal que tenía sobre la mesa, y que por su color rojo brillante parecía ser un excelente jarabe, diciendo: ¿Ven esta botellita? Muchos creerían que contiene un licor delicioso; en realidad nada tomo que sea más amargo. Pues bien, esta es la imagen de mi vida; a los ojos de los demás, ha revestido siempre los más sonrientes colores, les ha parecido que yo bebía un licor exquisito, más era de acibarada amargura. Digo amargura, pero en verdad que mi vida no ha sido amarga, porque he procurado convertir en alegría y dulzura todo su amargor. (Notas del 30 de julio de 1897).»

Santa Teresa del Niño Jesús pasó realmente por las Noches pasivas del sentido y del espíritu en donde su alma desolada apuró por completo el amargo cáliz del sufrimiento y de la humillación. Ella, pues, fué realmente favorecida con la contemplación infusa, porque estas pruebas purificadoras son producidas por la misma contemplación pasiva.

Como ya hemos dicho, San Juan de la Cruz comprende en las Noches pasivas del sentido y del espíritu, el conjunto de estados místicos inferiores a la unión transformante. No nos esforzaremos en demostrar separadamente cómo Santa Teresa conoció cada uno de los grados de oración infusa admitidos por los autores; nos contentaremos con probar que en esta época encontramos en su oración *luz infusa y amor infuso*; esos dos elementos esenciales de la con-

templación pasiva; lo que, a nuestro juicio, basta para demostrar que nuestro serafín subió realmente la escala mística. Ella compró este favor tan alto al mismo precio con que Jesús rescató nuestras almas; el sufrimiento y la cruz; porque sobre la tierra no hay fecundidad sin dolores. He aquí por qué debemos pagarle el tributo de nuestra admiración, no solamente por las gracias de elección con que el cielo la favoreció, sino también por el noble precio con que ella pagó esta plena perfección de su alma.

CAPITULO II

Su contemplación Infusa o Pasiva

En el Carmen, la oración de simplicidad que Teresita había practicado en el mundo, se modificó y se transformó en muchos casos, con el elemento purificador de la noche del sentido y del espíritu, en oración infusa, que ella, sin embargo aún la llama siempre: *oración de silencio.* Sí, ella permanece en profundo silencio... Unas veces se pone en escucha aplicando atentamente su oído a la voz del Espíritu Santo. Otras es un silencio de respeto y de admiración, tal, poco más o menos, como el que uno experimenta en presencia de los reyes de la tierra a quienes no sabría hacer la corte de modo más lisonjero. También, como lo decíamos más arriba, nuestra Bienaventurada está persuadida de que su silencio de niña dá la mejor gloria a su Padre celestial, y que la engrandece su pequeñez. Ese silencio no era otro que la tranquilidad y la extremada sencillez de su oración, oración que nos parece reunir todos los caracteres de una contemplación verdaderamente infusa, pero inconsciente para ella, precisamente por eso mismo.

La oración infusa que los místicos llaman casi siempre «sobrenatural» proviene del Espíritu Santo por sus dones, sobre todo por los de Sabiduría y Entendimiento, Consejo y Ciencia. Es una elevación del alma hácia Dios caracterizada por una *luz infusa* y un *amor infuso* (1); Dios allí derrama en el alma *conocimiento* y *amor*.

Dice Santa Teresa: «Cuando el Señor le suspende (el entendimiento) y hace parar, dale de qué se espante y se ocupe, y que sin discurrir entienda más en un *Credo* que nosotros podemos entender con todas nuestras diligencias de tierra en muchos años (2)». «En queriendo comenzar a tener oración, hallamos con quien hablar, y parece entendemos nos oye por los efectos y sentimientos espirituales que sentimos de gran amor y fé, y otras determinaciones con ternura. Esta gran merced es de Dios y téngalo en mucho a quien lo ha dado, porque es muy subida oración, mas no es *visión* (3)».

La doctrina de San Juan de la Cruz se harmoniza en este punto con la de Santa Teresa: «La contemplación es ciencia de amor, la cual es noticia infusa de Dios amorosa (4)». Cuando «Dios

---

(1) THOMAS A JESU, *De Oratione Div.*, Libr. I., cap. I. p. 202, 5).

(2) *Vida*, cap. XII, 5).

(3) *Vida*, c. XXVII, 4, donde la Santa distingue la oración mística de las visiones que muchas veces pueden acompañarla.

(4) *Noche oscura*, Lib. II., c. XVIII., pág. 111).

en este estado es el agente y el alma es la paciente; porque ella sólo se ha como el que recibe y como en quien se hace, y Dios como el que da y como el que en ella hace, dándole los bienes espirituales en la contemplación, que es noticia y amor divino junto, esto es, noticia amorosa (5).» «Esta comunicación acaece secretamente a oscuras de la obra natural del entendimiento y de las demás potencias. De donde por cuanto las dichas potencias no lo alcanzan, sino que el Espíritu Santo la infunde y adorna en el alma... (6) (7).»

Ahora bien; estos dos elementos esenciales a toda oración sobrenatural, *luz infusa* y *amor infuso*, ¿no se hallan también repetidas veces en Santa Teresa del Niño Jesús? Citemos su autobiografía.

§ 1.—El Elemento iluminador y afectivo de su Contemplación infusa.

Luego de mi entrada en el Carmen «inundaba mi alma paz tan dulce y profunda, que me sería

---

(5) *Llama de Amor viva*, Estr. III, v. III-V., p. 445-446).

(6) *Noche oscura*, Lib. II., c. XVII., ps. 105-106).

(7) Si esta contemplación infusa iluminada y amorosa es frecuente, constituye un *estado* de contemplación infusa, caracterizada por una disposición *próxima y notable* a propósito para recibir la iluminación del Espíritu Santo. A veces la imposición podrá *prolongarse bastante tiempo*, en un solo acto, para merecer ser llamada un *estado* pasivo o místico.

imposible expresarla. Hace ya ocho años y medio que esta paz íntima es mi herencia; no me ha abandonado, ni aun en medio de mis mayores pruebas (p. 112).»

Dos meses después de la entrada de Teresa en religión el R. P. Pichón, (S. J.) quedó verdaderamente sorprendido de la acción de Dios sobre su alma. El la dijo: «Hija mía, sea siempre Nuestro Señor su propio Superior y Maestro de Novicios.» Y Teresa prosigue: «Lo fué, en efecto y también mi *Director*. No quiero decir con esto que cerrara mi alma a mis superiores; por lo contrario, lejos de ocultarles mis disposiciones, he procurado ser siempre para ellos un libro abierto (páginas 114-115)» «¡Oh Jesús, quién podrá explicar la ternura y suavidad con que conducis mi pequeñita alma. No obstante, enseguida, conviene en que la tempestad ruge fuertemente, y que para ella, es la noche, siempre la noche profunda. (página 197)

He aquí ahora alguna de las muchas lecciones que le dió «el Director de los directores (página 116». «Cierta noche, después de Completas, busqué en vano nuestra lámpara en los anaqueles destinados a colocarlas; era la hora del silencio y me era imposible reclamarla.—Supuse con razón que alguna hermana se la había llevado equivocadamente; mas por culpa de esta equivocación, ¿iba a pasar yo una hora entera en tinieblas? Cabalmente tenia intención de trabajar mucho aquella noche. Sin la luz interior

de la gracia, seguramente me hubiera quejado; con ella en vez de sentir pena, me crei dichosa, pensando que la pobreza cosiste, no solamente en verse una privada de las cosas agradables, sino tambien de las indispensables. Así en las tinieblas exteriores *se iluminó mi alma con claridad divina* (página 123).»

«Una tarde de invierno, fria y oscura, cumplía yo el humilde oficio de conducir a una hermana enferma, cuando de pronto oí a lo lejos el harmonioso concierto de varios instrumentos de música. Representóseme en la imaginación un salón ricamente amueblado, alumbrado con brillantes luces, resplandeciente de dorados muebles; en aquél salón, jóvenes elegantemente ataviadas, recibían y prodigaban mil cumplidos mundanos. Volví luego mis ojos a la pobre enferma, a la cual sostenía; en vez de aquella suave melodía, herían a intervalos mis oídos sus lamentos de queja; en vez de dorados adornos, veia los toscos ladrillos de nuestro austero claustro, apenas alumbrado por una débil luz. Este contraste impresionó suavemente mi alma, *iluminándola* el Señor con los rayos de la verdad, los cuales, de tal manera superan al esplendor tenebroso de los placeres terrenales, que por disfrutar mil años de esa felicidad mundana, no hubiera dado los diez minutos que empleaba en mi acto de caridad (p. 183-184).»

»Jesús me sustenta a cada instante con manjar del todo nuevo, que encuentro en mí, sin saber

cómo está en mi alma. Creo sencillamente que es el mismo Jesús que obra en mí de un modo misterioso, escondido en lo íntimo de mi pobre corazoncito, y me inspira lo que quiere que haga en el momento presente (pág. 126)». «Siento la mano de Dios, y su Corazón que vela por nosotres (pág. 134)». «Comprendo y sé por experiencia que *el reino de Dios está dentro de nosotros* (8). Jesús no necesita de libros ni doctores para instruir a las almas; el Doctor de los doctores enseña sin grandes discursos. Nunca oíle hablar, pero sé que está en mí. En todos los instantes me guía y me inspira: más cabalmente en el momento oportuno, descubro claridades desconocidas hasta entonces. Regularmente no brillan a mis ojos en las horas de oración, sino en medio de las ocupaciones del día (pág. 140).» (9) En otra parte gusta de repetir: «Es Jesús quien lo hace todo, y yo no hago nada. (Carta del 6 de julio de 1893).

---

(8) *Ecce enim regnum Dei intra vos est.* (Luc., XVII-21)

(9) Este texto sugiere al Ilmo. Monseñor LEMOUNIER, obispo de Bayeux y Lisieux, el pensamiento de que nuestra Santa llegó no solamente al estado de *contemplación infusa* sino también al de *unión transformante:* «Este bello pasage demuestra en ella el *hábito de la contemplación pasiva*, en la cual, Dios mismo, sin trabajo ninguno del alma, se hace su maestro y le revela verdades que ella llama claridades. Estas son visitas de Dios, que, *transforman* su alma. (Carta pastoral del 25 de febrero de 1925).

«¡Ah, cuántas luces he sacado de las obras de San Juan de la Cruz! A la edad de diecisiete y dieciocho años, fué este mi único alimento espiritual. Pero después, todos los autores espirituales me dejaron en la más completa aridez y todavía permanezco en esta disposición. Si abro uno de estos libros, aunque sea el más hermoso y conmovedor, se me oprime el corazón al momento, y leo sin comprender, o si comprendo, se detiene mi espíritu sin poder meditar (páginas 139-140)». «Sin revelarse, sin hacer oir su voz, Jesús me instruye en secreto; no es por medio de libros, porque no comprendo lo que leo (página 140)». «En esta impotencia acuden en mi socorro la Sagrada Escritura y la Imitación de Cristo; en ellos encuentro un maná escondido, sólido y puro. Pero el Santo Evangelio más que ningún otro libro, mantiene mi oración; en él bebe a su sabor mi pobrecita alma. Cada vez descubro nuevas luces, ocultos y misteriosos significados (pág. 140)». En otra parte añade: «Las palabras de Jesús me son *luminosas* (página 160)»; y esa palabra no la emplea así por como casualidad; le ha sido inspirada por una convicción muy firme; también en otros pasajes y con la mayor naturalidad se le viene a la pluma: «Puesto que Jesús subió a los cielos, no puedo seguirle sino por las huellas que dejó en la tierra. ¡Qué *luminosas* son esas huellas, qué aroma tan divino exhalan! Con solo abrir el Santo Evangelio, respiro luego ese perfume embriaga-

dor y sé el camino que he de seguir para alcanzar a mi Señor. No me apresuro a tomar el primer lugar, sino que, por lo contrario, me dirijo al último, dejando subir antes al fariseo, y repito llena de confianza la humilde oración del publicano. Pero sobre todo, imito la confianza de Magdalena..., aquella su sorprendente, o más bien su amorosa audacia, que tanto cautivaba al Corazón de Jesús y seduce al mío (pág. 194)».

«Cuando leo ciertos tratados en los que el camino de la perfección se presenta sembrado de mil obstáculos, mi pobre pequeñito espíritu se fatiga muy pronto, cierro el libro que me carga la cabeza y me seca el corazón, y tomo la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso, una sola palabra descubre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil, veo que basta reconocer su nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios. Dejando, pues, a las grandes almas, a los espíritus sublimes, los hermosos libros que no puedo comprender, y todavía menos poner en práctica, me alegro de ser pequeñita, porque «*de los niños y de los que son como ellos, es el reino de los cielos* (10). (Carta VI a sus hermanos misioneros, págs. 357-358).»

El trabajo extraordinario de la gracia, en el alma de nuestro pequeño serafín, llegaba a la evidencia. La Reverenda Madre Priora de Lisieux

(10) *Talium est enim regnum cœlorum.* (Matth. XIX-14).

no lo ignoraba ni temia decirlo muy alto. Y es nuestra misma Santa quien nos lo enseña: «Ni siquiera le ha parecido imprudente decirme, Madre mia, que el Divino Maestro *iluminaba* mi alma y le daba la experiencia de los años. Soy al presente demasiado pequeña para tener vanidad; soy tambien demasiado pequeña para componer hermosas frases que persuadan a los demás de que tengo mucha humildad; más prefiero convenir sencillamente en que *el Todopoderoso ha obrado en mi grandes cosas.* (11) y la mayor de todas es la de haber mostrado mi pequeñez, mi incapacidad para todo bien (página 148).»

*
* *

La contemplación pasiva no es solamente *luz infusa*, es también *amor infuso.* San Juan de la Cruz lo ha dicho: «...Da lugar a que arda y se encienda en el espíritu del amor que esta oscura y secreta contemplación trae consigo y pega a el alma, porque la contemplación no es otra cosa que una infusión secreta, pacífica y amorosa de Dios, que si la dan lugar, inflama al alma en espíritu de amor (12).» «Comienza luego a sentirse alguna ansia de Dios; y cuanto más va, más se

(11) *Quia fecit mihi magna qui potens est*, (Luc. 1-49).
(12) *Noche oscura*, (L. I., C. X., p, 35)

va sintiendo el alma aficionada e inflamada en amor de Dios, sin saber ni entender cómo y de dónde le nace el tal amor y afición, sino que ve crecer tanto en sí a veces esta llama e inflamación, que con ansias de amor desea a Dios (13). Pues este elemento se encuentra igualmente en la oración pasiva de nuestra Santa.

«En la mañana del 8 de septiembre (día de mi profesión), inundó a mi alma un rio de paz; embebida en esta preciosa paz, *que excede a todo sentimiento* (14), pronuncié mis santos votos (página 127).» «En el año que siguió a mi profesión recibí grandes gracias durante los Santos Ejercicios de Comunidad... mi alma se dilató perfectamente... sí; creía hacia ya mucho tiempo que el Señor es más tierno que una madre (páginas 130-131)» «Solo la caridad puede dilatar mi corazón... ¡Oh Jesús mio, desde que esta dulce llama le consume, corro con delicia por el camino de *vuestro nuevo mandamiento;* por él quiero correr hasta el venturoso día en que uniéndome al cortejo virginal, os siga por los espacios infinitos cantando vuestro *Cántico nuevo*, que debe ser el del *Amor!* (páginas 165-166)» «Vos sabeis, Dios mío, que mi único deseo ha sido siempre amaros, que nunca he ambicionado otra gloria. Desde mi tierna infancia me salió

---

(13) *Noche oscura*, L. I. C. XI., p. 55.

(14) *Pax Dei, quæ exsuperat nomnem sesum*, (PHILIP. IV-7)

al encuentro vuestro amor, ha crecido comigo y ha llegado a ser *un abismo de insondable profundidad.* El amor atrae al amor; el mio se lanza hácia Vos, anhelando colmar el abismo que le atrae. Mas ¡ay! es más pequeño que la gota de rocio perdida en el Océano. Para amaros como Vos me amais es preciso acudir a vuestro propio amor; sólo entonces encuentra descanso mi alma. ¡Oh Jesús mio! me parece que no podeis prodigar mayor amor a un alma, del que habeis prodigado a la mia (página 192).» «El profeta cuya inspirada mirada se sumergia ya en las profundidades eternas, exclamaba en el nombre del Señor: «*Así como una madre acaricia a su hijo, te consolaré, te recostaré en mi seno y te meceré en mi regazo.*» (15)

«¡Oh amadísima hermana mia! Después de semejante lenguaje, no hay más que callar y llorar de reconocimiento y de amor... ¡Ah! si todas las almas débiles e imperfectas como la mia sintieran lo que yo siento, ninguna desesperaría de llegar a la cumbre de la montaña del Amor, puesto que Jesús no pide acciones extraordinarías; se contenta con que le demostremos confianza y gratitud... ¡Esto sólo reclama Jesús de nosotros! No tiene necesidad de nuestras obras, sino únicamente de nuestro *Amor.* Este mismo Dios, que declara que no necesita decirnos si

---

(15) *Quomodo si mater blandiatur, ita ego consolabor vos*, (Isai. LXVI-13).

tiene hambre, no se desdeña de *mendigar* un poco de agua a la Samaritana... ¡¡Tenia sed!! Mas al decir: «*Dame de beber* (16)», reclamaba el Creador del Universo el amor de su pobre criatura. ¡Tenia sed de amor!

«Sí, hoy más que nunca está sediento Jesús. Sólo encuentra ingratos e indiferentes entre los discípulos del mundo; y entre *los suyos*, desgraciadamente no encuentra muchos que entreguen el corazón sin reserva a la ternura de su amor infinito. ¡Qué felices somos, amada Madre, de poder comprender los íntimos secretos de nuestro Esposo! ¡Ah, si V. R. quisiera escribir cuanto sabe, qué hermosas páginas leeríamos! Pero sé que, a ejemplo de la Virgen Santísima, prefiere V. R. guardar *todas estas cosas* en el fondo de su corazón... A mí me dice *que es hermoso publicar las obras del Altísimo* (17). Juzgo que tiene razón en callar, Madre mía, pues es verdaderamente imposible expresar con palabras terrenales los secretos del cielo. En cuanto a mí, sé decir que después de haber trazado todas estas páginas, veo que no he comenzado aún. Hay tantos horizontes distintos y tal cantidad de tonos de infinita variedad, que sólo la paleta del Pintor celestial podrá darme cuando termine la noche de

---

(16) *Da mihi bibere*, (JOANN. IV-7)

(17) *Sacramentum regis abscondere bonum est, opera autem Dei revelare et confiteri honorificum est* (TOB., XII-17).

esta vida, los colores divinos capaces de pintar las maravillas que pone ante los ojos de mi alma (págs. 195-196)».

***

Así nuestra Sor Teresa del Niño Jesús, estaba íntimamente persuadida de que «el mismo Jesús le servía de *Director* (pág. 116)» e inundaba su alma de luz y de amor. «¿Ve cómo esta tarde, decía ella en cierta ocasión, el sol poniente dora las copas de los árboles? Así mi alma se les aparece toda brillante y dorada, porque recibe las miradas del Amor. Si el sol divino dejara de iluminarme con sus rayos, pronto me volvería oscura y tenebrosa (pág. 252)». «Sabe V. R., Madre mía, que mi constante deseo ha sido llegar a ser santa; más, por desgracia, cuantas veces me he comparado a los santos, he comprobado que existe entre ellos y yo la misma diferencia que notamos entre una montaña, cuya cumbre se pierde en las nubes y el humilde grano de arena pisoteado por los caminantes.

«Mas en vez de desalentarme pienso que es imposible que Dios inspire deseos irrealizables, y que, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Me es imposible engrandecerme; debo soportarme tal como soy, con mis innumerables imperfecciones; pero quiero buscar el modo de ir al cielo por un caminito bien recto, bien corto, un caminito del todo nuevo. Estamos en el

siglo de los inventos. Ahora ya no se necesita subir los peldaños de una escalera para entrar en la casa de los ricos; un ascensor los reemplaza ventajosamente. También yo quisiera encontrar un *ascensor* para elevarme hasta Jesús, porque soy muy pequeña para subir la ruda escalera de la perfección... *Vuestros brazos, oh Jesús mío, son el ascensor* que ha de elevarme hasta el cielo. Para ésto no necesito crecer, sino al contrario, achicarme cada vez más. *¡Oh, Dios mío, habéis superado cuanto podía yo esperar; por eso quiero cantar vuestras misericordias*! (págs. 145-146).» Ella escribía en el mismo sentido a un misionero: «Su carta última ha hecho extremecer dulcemente mi corazón. He comprendido hasta qué punto su alma es hermana de la mía, puesto que está llamada a elevarse a Dios por *el amor del ascensor* (*Carta VIII.ª a un misionero*, págs. 359-360.)»

Teresita sentía en su alma el toque divino que es luz y amor. *Luz* y *Amor,* he ahí lo esencial a toda oración infusa. Ora la una, ora el otro podrán dominar. Los fenómenos y los efectos podrán variar. En ello podrá haber intensidad mayor o menor, porque, una es, por ejemplo, la dulce quietud y otra el abrazo de unión, pero la *advertencia amorosa* siempre existe allí: de una parte una mirada sencilla y penetrante de la Divinidad y de sus operaciones, producida por los dones del Paráclito divino; y de otra parte, un amor infuso que hace buscar a Dios y gozarse

en su presencia. Ahora bien; como encontramos estos dos elementos en la oración infusa de la Santa, tenemos derecho a decir que al menos por lo que respecta al fondo, ella conoció los grados de oración pasiva.

Ahora la veremos elevarse en la Unión fruitiva a las sublimes alturas del Matrimonio espiritual.

§ 2.—**Unión Fruitiva**

El Señor empobrece y enriquece, abate y ensalza (18) Indudablemente El prueba a sus servidores; pero también les permite beber en el torrente de la *suavidad divina* y poder, bajo la influencia del consuelo celestial, levantar su cabeza profundamente humillada. Así Dios no se contentó con librar a nuestra Santita de la herrumbre de sus defectos por medio del elemento purificador de las noches pasivas; sino, que a más de dotarla de conocimiento y de amor infusos, quiso también tratarla como esposa en el abrazo de *La Unión Fruitiva.*

La Unión Fruitiva se opera por la predominancia del don de sabiduría. El trabajo de este don supone la presencia de Dios en nosotros no solamente por su inmensidad sino de una manera especial que acarrea la gracia santifi-

---

(18) *Dominus pauperem, facit et ditat, humiliat et sublevat.* (I Reg. II-7).

cante perfecta. Entonces *experimentamos* el contacto divino y *gustamos* de Dios con suavidad. Esto no es ya solamente un perfume divino que el alma respira, sino también el mismo divino Ungüento que ella siente penetrar hasta la médula de sus huesos. Este don de Sabiduría, sin desgarrar los velos de la fé, sin hacernos ver a Dios cara a cara, nos hace sin embargo, juzgar de El por un *gusto* real y suave de la voluntad. No obstante, como la inteligencia está íntimamente unida a la voluntad, la inteligencia conoce también, por redundancia, y de una manera muy notable, toda la bondad y dulzura divinas gustadas por esta última potencia (por la voluntad). También comprende secretos inefables que antes ignoraba (19).

A la luz de estos principios, consideremos ahora a nuestra Santa en esta última fase de su vida mística, porque a nuestro juicio, ella gozó realmente de la unión Fruitiva, no solamente en sus primeros grados, sino que fué admitida también a los secretos santificantes de la Unión Transformante.

*

El alma es introducida a la Unión Fruitiva por medio de *Toques* y *Heridas* de amor que tienen lugar en el fondo de la voluntad y que re-

(19) Véase a José del Esp. S. *Cursus Theol. myst. Scol.* Tom. IV. Disp. XXIII q. 1.

dundan en el entendimiento por aprehensión, noticia e inteligencia (20). «Dios—dice San Juan de la Cruz—suele hacer (al alma) unos escondidos toques de amor que a manera de saeta de fuego hieren y traspasan el alma y la dejan toda cauterizada con fuego de amor... Inflaman estas heridas tanto la voluntad en afición, que se está el alma abrasando en fuego y llamas de amor, tanto, que parece consumirse de aquella llama, y la hace salir fuera de sí y renovar toda y pasar a nueva manera de ser... De lo cual hablando David, dice: *Fué inflamado mi corazón y las renes se mudaron y yo me resolví en nada y no supe* (21). Los apetitos y afectos que aquí entiende el profeta por renes, todos se conmueven y mudan en Divinos en aquella inflamación del corazón y el alma, por amor se resuelve en nada, nada sabiendo sino amor. Y a este tiempo es la conmutación de estas renes en grande manera de tormento y ansia por ver a Dios, tanto que le parece al alma intolerable el rigor de que con ella usa el amor; no porque la hubo herido (porque antes tiene ella las tales heridas por salud), sino porque la dejó así penando en amor, y no la hirió más valerosamente, acabándola de

---

(20) Véase a S. Juan de la Cruz. *Subida del Monte Carmelo*, Libro II, cap. XXX, pág. 265).

(21) *Inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi.* (Salm. LXXII-21, 22).

matar para verse o juntarse con él en vida de amor perfecto (22). Estos toques dan «una penetración intelectual de Dios muy elevada y sabrosa... Son ya toques de unión que sirven para unir pasivamente al alma con Dios (23)».

Santa Teresita del Niño Jesús marchó, según creemos, por el camino de la Unión Fruitiva casi desde el comienzo de su vida religiosa. Ella escribe: «He tenido en mi vida muchos arrobamientos de amor; particularmente una vez durante mi noviciado, permanecí *una semana entera* tan completamente alejada de este mundo, que un denso velo parecía cubrir todas las cosas de la tierra, (pág. 214)». Así desde su noviciado Teresita recibió la primera invitación a las delicias de la Unión Fruitiva. En cambio de un corazón totalmente consagrado a El, el divino Maestro colmaba a la generosa novicia de tal plenitud de amor que pareció no tener conciencia de las cosas que pasaban a su alrededor, porque esta divina visita, durante ocho días, la concentró toda entera en el santuario de su alma en donde Dios la inundaba de goces inefables.

He aquí ahora un hecho místico que recuerda de una manera sorprendente, las *Heridas* de amor de que habla S. Juan de la Cruz. Conoce-

---

(22) S. Juan de la Cruz, Cántico Espiritual, Estrofa I, pág. 180).

(23) S. Juan de la Cruz, Subida del Monte Carmelo, Lib. II, cap. XXIV, pág. 237).

mos la total ofrenda que, el 9 de junio de 1895, Teresa hizo de si misma al «amor misericordioso» del Señor, ofrenda que consistía, según su pensamiento, en entregarse sin reserva a los ardores transformantes del amor divino, para ser por él consumada, hecha así holocausto, por el fuego del sacrificio. El holocausto fué aceptado, y pocos días después de su donación, la dichosa víctima recibía la prueba sensible en la herida inefable de la cual creyó morir. Dice ella: «Algunos días después de mi ofrenda al *amor misericordioso*, comenzaba en el coro el ejercicio del Vía-crucis, cuando de repente me sentí herida por una flecha de fuego tan ardiente que creí iba a morir. No se cómo explicar este transporte; no hay comparación que pueda dar a entender la intensidad de éste fuego. Parecía que una fuerza invisible me sumergía enteramente en él. ¡Oh, qué fuego, qué dulzura! (pág. 214)».

...Luego, haciendo alusión al favor divino de que gozó al principio de su vida religiosa, dice: «Una vez durante mi noviciado, permanecí una semana entera tan completamente alejada de este mundo, que un denso velo parecía cubrir todas las cosas de la tierra. Mas no me abrasaba una llama real y verdadera; podía soportar aquellas delicias sin que con su peso se rompieran mis ligaduras, en tanto que el día a que me refiero, si hubiera durado un segundo más aquel ardor, mi alma se hubiera separado del cuerpo... (págs. 214 y 215)».

El divino Arquero ha herido por fin a su dulce víctima. Como en otro tiempo la gran Teresa, ahora «Teresita» lleva una herida profunda y ardiente. El Señor ha arrebatado este corazón que El hirió; desde ahora languidece inefablemente hácia El. Más aún: este hecho místico, que lo es en realidad, no fué un acto aislado, puesto que ella misma, nos dice: «Bien hace Dios en ocultarse a mis miradas y en no mostrarme, sino *muy raras veces...*, los efectos de su *misericordia* pues conozco que no podría soportar tan inefable dulzura (pág. 227)». Puede, por consiguiente, exclamar con San Juan de la Cruz: «¡Oh, pues, llaga tanto más regalada cuanto es mas alto y subido el fuego de amor que la causa, porque habiéndola hecho el Espíritu Santo sólo a fin de regalar, y como su deseo y voluntad de regalar a el alma sea grande, grande será esta llaga, porque grandemente será regalada! ¡Oh dichosa llaga, hecha por quien, no sabe sino sanar! ¡Oh venturosa, y mucho dichosa llaga, pues no fuiste hecha sino para regalo, y la calidad de tu dolencia es regalo y deleite del alma llagada!. Grande eres ¡oh deleitable llaga! porque es grande el que te hizo; y es grande tu regalo, pues el fuego de amor, que es infinito, según tu capacidad y grandeza te regala. ¡Oh, pues, regalada llaga, y tanto más subidamente regalada, cuanto más en el íntimo centro de la sustancía del alma tocó el cauterio abrasando todo lo que se pudo abra-

sar para regalar todo lo que se puede regalar!» (24).

*

Por estos favores de elección Dios encaminaba normalmente a nuestra Santa hácia el estado de Unión Transformante o de Matrimonio Espiritual, en donde la acción íntima de Dios obra en lo más profundo del alma y en donde «se entiende claro..., ser Dios el que dá vida a nuestra alma (25)», que el es la vida de nuestra vida. En este estado la Unión Fruitiva actual se torna en *cuasi-habitual.* Sin duda ninguna que no permanece siempre en el mismo grado de actualidad, pero se renueva fácilmente con intensidad (26). «En la cual vida nueva dice S. Juan de la Cruz que es cuando ha llegado a esta perfección de Unión con Dios, como aquí vamos tratando, todos los apetitos del alma y sus potencias según sus inclinaciones y operaciones (que de suyo eran operación de muerte y privación de vida espiritual) se truecan en divinas. Y como quiera que cada viviente viva por su operación,

---

(24) *Llama de Amor viva*, II Estrofa, verso 2.°. página 415.

(25) Santa Teresa, *Castillo interior, Séptimas Moradas*, cap. II, núm. 6.

(26) José del Esp. S., *Cursus, theol, muyst. scol.*, Tom. II, Disp. X. 188.

como dicen los filósofos, teniendo el alma sus operaciones en Dios por la unión que tiene con Dios, vive vida de Dios; y así se ha trocado su muerte en vida, que es vida animal en vida espiritual. Porque el entendimiento, que antes de esta unión entendía naturalmente con la fuerza y vigor de su lumbre natural por la vida de los sentidos corporales, es ya movido e informado de otro más alto principio de lumbre sobrenatural de Dios, dejados aparte los sentidos; y así se ha trocado en divino, porque por la unión su entendimiento y el de Dios todo es uno. Y la voluntad, que antes amaba baja y muertamente sólo con su afecto natural, ahora ya se ha trocado en vida de amor divino, porque ama altamente con afecto divino, movida por la fuerza y virtud del Espíritu Santo, en que ya vive vida de amor; porque por medio de esta unión ya la voluntad de él y la de ella sola es una voluntad. Y la memoria, que de suyo percibía sólo las figuras y fantasmas de las criaturas, es trocada por medio de esta unión a tener en la mente *los años eternos* que dice David (27). Y el apetito natural, que sólo tenía habilidad y fuerza para gustar el sabor de criatura, que obra muerte, ahora está trocado en gusto y sabor divino, movido y satisfecho ya por otro principio, donde está más a lo vivo, que es el deleite de Dios; porque está unido con él; y así ya sólo es apetito de Dios.

---

(27) *Annos æternos in mente habui.* (PSAL., LXXVI-6).

Y finalmente, todos los movimientos y operaciones e inclinaciones que antes el alma tenía del principio y fuerza de su vida natural, ya en esta unión son trocados en movimientos divinos (muertos a su operación e inclinación, y vivos en Dios). Porque el alma, como ya verdadera hija de Dios, en todo es movida por el Espíritu de Dios, como enseña San Pablo, diciendo: «*Que los que son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos del mismo Dios*» (28). De manera, que, según lo que está dicho, el entendimiento de esta alma es entendimiento de Dios, y la voluntad suya es voluntad de Dios, y su memoria, memoria eterna de Dios, y su deleite deleite de Dios. Y la sustancia de esta alma, aunque no es sustancia de Dios, porque no puede sustancialmente convertirse en él, pero estando unida como aquí está con él y absorta en él, es Dios por participación de Dios; lo cual acaesce en este estado perfecto de vida espiritual, aunque no tan perfectamente como en la otra» (29).

Es propio de la naturaleza del Matrimonio espiritual ser un vínculo, una unión *estable*. Sin embargo la Unión actual, fruitiva y transformante superior,—según hemos dicho—no permanece siempre en el mismo estado de actuali-

---

(28) *Quiunque enim spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei*, (Rom. VIII-14).

(29) *Llama de Amor viva*, 2.ª Estv. v. Vl. páginas 426-427).

dad. A la Unión transitoria, *embriagadora*, sucede una Unión igualmente fruitiva, pero *sóbria* y más durable que la precedente; esta Unión sóbria puede a su vez interrumpirse, ya por el sueño, ya por la interceptación del juicio, ya por actos materiales demasiado intensivos. Así, en el momento de la transformación embriagadora en Dios, un amor ardiente inflama la voluntad, mientras que una luz intensa ilumina el entendimiento (intelecto); y de ello resulta en estas dos potencias un periodo de dulce, perfecta y pura quietud. Es como el aceite sometido a la acción del fuego: después de algunos instantes de gran ebullición, no presenta ya sino una superficie tranquila (30.

Los *efectos* de esta Unión Transformante (31) son los de las virtudes teologales y de los dones en su pleno desarrollo. El alma está casi libre del desorden de las pasiones, y mientras está bajo la gracia actual de la unión transformante, no peca venialmente de propósito deliberado. Fuera de esos momentos, la sucede cometer todavía alguna falta venial, que luego se apresura a reparar. Lo notable en ella es un gran olvido de si, un grandísimo deseo de sufrir a ejemplo de Nuestro Señor y una verdadera alegría en

---

(30) José del Esp. S., *Cursus theol. myst scolasti.* Tomo IV, Disp. XXV, 34-36.

(31) Veáse el *Castillo interior*, Séptimas Moradas, cap. II.

medio de las persecuciones. Las sequedades y las penas interiores han cesado (32), como también el deseo de morir. Estas almas abrasadas del celo por la gloria de Dios y de la salvación del prójimo «desean vivir muchos años pade-

---

(32) S. Juan de la Cruz parece insinuar que esta ausencia de sequedades y de penas interiores, sufre a veces excepciones: «Aquí (en la Unión Transformante), le falta al alma lo que tenía de flaco en las virtudes, y le queda lo fuerte, constante y perfecto de ellas. Porque a modo de los ángeles, que perfectamente estiman las cosas que son de dolor, sin sentir dolor, y ejercitan las obras de misericordia sin sentimiento de compasión, le acaece al alma en esta transformación de amor. Aunque en algunas veces y en algunas sazones dispensa Dios con ella, dándole a sentir cosas y a padecer en ellas, porque más merezca y se afervore en el amor, o por otros respetos; como hizo con la Madre Virgen y con S. Pablo y otros; pero el estado de suyo no lo lleva (*Cántico Espiritual*, Estrof. XX. y XXI, pág. 272). Dios parece haber obrado de la misma manera con Teresita. Al fin de su vida, nuestra Santa, mostrando a una de sus hermanas un punto muy oscuro del jardín, dijo: «Mire, ¿ve V. C. ese hueco negro allá? Pues es la imagen del sitio en que me siento ahora, lo mismo en cuanto al alma que en cuanto al cuerpo... ¡Ah! ¡qué tinieblas! pero en medio de ellas no me falta la paz (Notas del 28 de agosto de 1897).» Creemos que nuestra querida mártir señala aquí no una prueba de la noche oscura, puesto que en aquel entonces estaba elevada ya a la Unión Transformante, sino uno de esos sufrimientos expiatorios que son a veces la herencia de las almas apostólicas que han llegado ya a la cumbre de la perfección. Recuérdese que Teresita, solemnemente, se había ofrecido *como víctima de holocausto al amor misericordioso.*

ciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca (33)».

Creemos que Santa Teresa del Niño Jesús llegó realmente al estado de Matrimonio Espiritual en que la Unión Fruitiva actual es *frecuente.*

Ella escribe: «Vuestra Reverencia, Madre mía, que me permitió ofrecerme así á Dios, sabe muy bién las llamas, ó por mejor decir los mares de gracias que inundaron mi alma inmediatamente después de mi donación de 9 de junio de 1895. Desde aquel día, el amor me cerca y me penetra; *a cada instante* me renueva y purifica este *amor misericordioso*, no dejando en mi corazón la menor señal de pecado. No, no puedo temer al purgatorio; sé que no merecería siquiera entrar con las almas santas en este lugar de expiación; pero sé también que el fuego del amor santifica más que el del purgatorio; sé que Jesús no quiere que suframos inútilmente y que no me inspiraría los deseos que experimento, si no estuviera dispuesto a colmarlos. (p. 142)».

«No veo realmente qué más tendré en el Cielo que ahora: veré al Señor, es verdad; pero en cuanto a estar unida con él, ya lo estoy del todo en la tierra (Rec. inéd)».

La unión experimental con Dios le había llegado a ser por consiguiente, tan confortante

---

(33) Castillo interior, Séptimas Moradas, cap. III, n.° 6.

como habitual. ¿No podría creerse que, aún mientras descansaba, permanecía unida a Dios? Recordemos el siguiente rasgo. Una noche, durante su última enfermedad, la enfermera, al visitarla, la encontró con las manos juntas y los ojos elevados al cielo.

«¿Qué hace así?—le preguntó.—Debería intentar dormir.

—¡No puedo, Hermana mía, padezco demasiado! ¡Qué he de hacer sino orar!...

—¿Qué le dice a Jesús?

—No le digo nada. ¡Le amo! (pág. 239).»

No es solamente la *frecuencia* de actos, propio del Matrimonio Espiritual, lo que nosotros atestiguamos en la Unión Fruitiva actual de nuestra Santa, allí volvemos a encontrar también los principales *efectos* de la Unión Transformante.

Hablando de su ofrenda total a Dios el 9 de junio de 1895, dice: «¡Ah! desde aquél día, el amor me cerca y me penetra; a cada instante me renueva y purifica este amor misericordioso, no dejando en mi corazón *la menor señal de pecado*;» pues bien, esta ausencia de pecado es precisamente, como lo hemos indicado en los principios expuestos más arriba, uno de los *efectos* característicos producidos en el alma, por la gracia de la Unión Transformante.

Aún encontramos en ella otros efectos, frutos ordinarios del Estado de «Matrimonio Espiri-

tual»: en él adquirió efectivamente un imperio admirable sobre sí misma; sus virtudes se desarrollaron maravillosamente, y el deseo ardiente de morir fué reemplazado por un abandono perfecto a la voluntad de Dios.

Desde luego, la perfecta maestra que tuvo, dice de ella en el capítulo XII de la autobiografía: «En esta unión íntima con Dios, adquirió Teresa un dominio verdaderamente extraordinario sobre sus actos; todas las virtudes se desarrollaron a porfía en el delicioso jardín de su alma (pág. 215).»

Otro efecto de la unión transformante, el santo abandono en las manos de Dios, en la vida y en la muerte, no es menos manifiesto en ella. Antes, Teresa del Niño Jesús, que a semejanza de su santa Madre de Avila, cantaba el «muero porque no muero», había dicho a Dios en un arranque tan cándido como sublime: «¿Vendrá pronto *el divino Ladrón* a robar su racimito de uva? Lo distingo de lejos; no seré yo quien grite: »*¡Ladrones!*» antes por lo contrario, le llamo diciéndole: «*¡Por aquí! ¡Por aquí!*» (*Consejos y Recuerdos*, pág. 285)». Ahora que se halla bajo la gracia de la unión transformante, el deseo ardiente de morir ha cesado: «Ahora ya no tengo ningún deseo, sino es de amar a Jesús con locura. Sí, sólo el *Amor* me atrae. No deseo ya el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos. Durante mucho tiempo los he llamado como mensajeros de alegría... ¡Estuve en pose-

sión del dolor y creí tocar la ribera del cielo! Desde mi tierna juventud estoy en la persuasión de que *la florecilla* será arrebatada en su primavera; hoy sólo me guía la absoluta confianza en Dios; no tengo otra brújula. No se ya pedir nada con ardor, excepto el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios en mi alma (pág. 139)». «No tengo ya otro gran deseo, fuera del de amar hasta morir de amor... Soy libre, nada temo, ni aún a lo que más temía; me refiero al miedo de estar mucho tiempo enferma, y, por consiguiente, ser una carga para la Comunidad. Si al Señor le place, consiento gustosa en pasar mi vida en contínuo padecimiento de cuerpo y de alma, aunque sea por largos años. ¡Oh! no, no le temo a una larga vida, no rehuyo el combate (pág. 153)».

«Muchas veces se contenta el Señor sólo con nuestros deseos de trabajar para su gloria; ya sabe, Madre mía, mis deseos, que han sido siempre muy grandes... Sí, estoy también dispuesta a volar a otro campo de batalla, si este fuere el deseo del divino General; ni sería menester una orden; bastaría una mirada suya, una simple señal. (págs. 153-154)».

Hablando de su próxima muerte escribía a su Madre Priora: «Mas no crea, Madre mía, que su hija desea dejarla, estimando como gracia mayor morir en la aurora, que en el ocaso del día; su único deseo es *agradar a Jesús* (página 146)»:

El 21 de enero de 1897, ella cantaba:

Alarga mi destierro,
¡Señor, si es de tu agrado!
O reine ya contigo
En tu gloria, si es tu beneplácito,
No cesa de abrasarme
El Amor, fuego sacro;
¿Qué importa muerte o vida
Si en amarte mi dicha he colocado?

(*Mi paz y mi gozo*, pág. 406).

*

En la Unión Fruitiva actual es sobre todo la voluntad la que, por el don de Sabiduría, entra en contacto sustancial y suave con Dios; porque ella es la que recibe la llama ardiente del amor que Dios le infunde para que de ella sea amado con fervor muy intenso. Ahora bien; como la inteligencia está íntimamente unida a la voluntad, las gracias concedidas a esta última potencia redundan en el entendimiento y le dan un subidísimo y sabrosísimo sentir de Dios (34).

Cotejemos con este principio de teología mística el hecho de la alusión al águila, que fija su atrevida mirada en el sol brillante, que desde hacía algún tiempo había llegado a ser tan familiar a nuestra Santa.

---

(34) S. Juan de la Cruz *Subida del Monte Carmelo*, Libr. II, cap. XXX, pág. 265.

Nada me turbará. Subo a la altura
Más que la alondra en su ascendente giro,
Y del celeste reino la hermosura,
En dulce paz admiro;
Que aunque por verme en su Ciudad suspiro,
Del sagrario en el centro
El dulce fruto del amor encuentro.

(*Abnegación*, pág. 415).

Ella decía: «¿Cómo puede aspirar a la plenitud del amor un alma tan imperfecta como la mía? ¿Qué misterio es este? ¡Oh, único Amigo mío! ¿Por qué no reserváis estas inmensas aspiraciones para las almas grandes, para *las águilas que moran en las alturas?* Desgraciadamente, soy un pobre pajarillo cubierto solamente de ligero plumón; no soy un *águila*, pero poseo sus ojos y su corazón... ¡Sí, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al sol divino del Amor, y ardo en deseos de elevarme hasta él! Quisiera imitar a las *águilas*, pero sólo sé agitar mis alitas; ¡no puedo volar!

»¿Qué va a ser, pues, de mí? ¿Moriré de dolor al verme tan impotente? ¡Oh! no, ni siquiera me afligiré. Con audaz confianza contemplaré fijamente a mi divino Sol hasta la muerte. Nada podrá arredrarme, ni el viento, ni la lluvia. Y si espesos nubarrones ocultasen el Astro de Amor, si me pareciese que sólo existe la noche de esta vida, este será el momento *de la pertecta alegría, del gozo más cumplido*, esta será la ocasión de

extremar mi confianza hasta los últimos límites, guardándome de desertar de mi sitio, pues sé que tras estos tristes nubarrones, sigue brillando mi dulce Sol.

»¡Oh Dios mío, hasta aquí comprendo el amor que me tenéis! Pero Vos sabeis que muy a menudo me distraigo de mi única ocupación, me alejo de Vos y mojo mis alitas, apenas formadas, en los miserables charcos de agua que encuentro en la tierra! Entonces «*gimo como la golondrina*» (25); este gemido es el que lo descubre todo, y os acordais ¡oh misericordia infinita! que «*no vinisteis a llamar a los justos sino a los pecadores*» (26).

»No obstante esto, si os place permanecer sordo a los balbucientes quejidos de vuestra ruín criatura, y no mostraros a ella, consiento en quedarme mojada y transida de frío, gozándome en tan merecido sufrimiento. ¡Oh, Astro amado! Sí, soy feliz, al verme pequeña y débil, en vuestra presencia, mi corazón goza de dulce paz .. Sé que todas las *águilas* de vuestra corte celestial me tienen lástima, me protegen y me defienden espantando a los buitres, imagen de los demonios, que quisieran devorarme. Mas no les temo, no estoy destinada a ser su presa, sino la del *Aguila* divina.

---

(25) Meditabor ut columba, (Isai. XXXVIII-14).

(26) Non enim veni vocare justos sed peccatores, Matt. IX-13).

»¡Oh, Verbo Salvador mío! ¡Tú eres el *Aguila* a quien amo, el *Aguila* que sin cesar me atrae; Tú eres el que, descendiendo a este destierro, quisiste sufrir y morir a fin de atraer todas las almas hasta el centro de la Santísima Trinidad, eterno hogar del amor! Tú eres el que, remontándote hacia la luz inaccesible permaneces también oculto en nuestro valle de lágrimas bajo la apariencia de cándida hostia, con el solo objeto de alimentarme de tu propia sustancia. ¡Oh Jesús, déjame decirte que tu amor raya en locura!... Considerando esta locura ¿cómo quieres Tú que mi corazón no se lance con impetuoso impulso hacia Tí? ¿Cómo ha de tener límites mi confianza?

»Por Tí hicieron también los santos muchas locuras y grandes cosas, pues eran *águilas;* yo soy demasiado pequeña para obrar grandes cosas; mi locura consiste en pretender que tu amor me acepte como víctima; mi locura es esperar que los ángeles y los santos me presten auxilio para volar hasta Tí con tus propias alas, ¡oh *Aguila* adorada! Todo el tiempo que quieras permaneceré con los ojos fijos en Tí; quiero que tu divina mirada *me fascine*, quiero ser presa de tu amor. Tengo la esperanza de que un día te arrojarás sobre mí llevándome al foco del amor, sumergiéndome, por fin, en este abismo abrasador, para convertirme eternamente en dichosa víctima (págs. 205-206)».

Estas vivas alusiones a la mirada atrevida del águila, estos acentos seráficos (sin que preten-

damos decir que esto sólo demuestre que Santa Teresita hubo llegado a la Unión Transformante), ¿no parecen indicar que su alma sedienta de Unión había llegado a esas regiones tan próximas a la visión de Dios?

§ 3.—La Consumación

San Juan de la Cruz ha dicho que las almas que son admitidas a la unión transformante, mueren en un transporte de amor. «El morir natural de las almas que llegan a este estado, aunque la condición de su muerte, cuanto al natural es semejante a las demás, pero en la causa y en el modo de la muerte hay mucha diferencia, porque si las otras mueren muerte causada por enfermedad, ó por longura de días, éstas, aunque en enfermedad mueran, ó en cumplimiento de edad, no las arranca el alma sino algún ímpetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados, y mas poderoso y valeroso, pues pudo romper la tela y llevarse la joya del alma. Y así la muerte de semejantes almas es muy suave, y muy dulce, más que les fué la vida espiritual toda su vida; pues que mueren con más subidos ímpetus, y encuentros sabrosos de amor, siendo ellas como el cisne, que canta más dulcemente cuando se muere, que por eso dijo David: «Que era preciosa la muerte de los santos en el acata-

miento de Dios» (37), porque por aquí vienen en uno a juntarse todas las riquezas del alma, y van allí a entrar los rios del amor del alma en la mar, los cuales están allí tan anchos, y represados, que parecen ya mares; juntándose allí lo primero y lo postrero de sus tesoros, para acompañar al justo, que va y parte para su reino, «oyéndose las alabanzas desde los fines de la tierra, que, como dice Isaías, son glorias del justo» (38) (39)».

Estas palabras se verificaron á la letra en el mismo S. Juan de la Cruz, una hora antes de su muerte. Escuchemos un instante a sus biógrafos. «Aunque minado por el sufrimiento hasta el punto de no poderse mover sobre su cama mostró luego repentinamente un extraordinario aliento con una mirada serena y gozosa, como asistido visiblemente por el mismo Dios. Habían cesado ya sus penas interiores, y de cuando en cuando besa con efusión los pies del Crucifijo que tiene en sus manos. Ruega a los religiosos que le lean un capítulo del Cantar de los Cantares, en el que se refieren tan divinamente los encuentros místicos y amorosos entre Dios y el

---

(37) *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.* (PSAL. CXV-15).

(38) *A finibus terræ laudes audivimus, gloriam justi.* (ISAI. XXIV-16).

(39) *Llama de Amor viva*, 1.ª estrof., vers. 6.—Tomo II, págs. 404-405).

alma. Esta lectura le inunda de celestiales consuelos, y cerrando los ojos, como un alma absorta en profunda contemplación continúa con el Crucifijo entre las manos. A media noche, oyendo tocar a Maitines, abrió los ojos. «Gloria a Dios» dijo, y después de haber dirigido sobre los asistentes una mirada de despedida, aplicó de nuevo sus labios al Crucifijo diciendo: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu (40)»; después, como si hubiera entrado en un dulce sueño, entregó su alma a Dios, confirmando así con su ejemplo lo que él mismo había escrito: «la muerte de los transformados en Dios, no es rigurosa y amarga, sino dulce y sabrosa (41)».

Lo mismo había sucedido a Santa Teresa nueve años antes. El agotamiento a que habia sido reducida la impedía, hacía ya dos días realizar movimiento alguno; pero al momento en que el Santísimo Sacramento llegó a su celda, la Santa Madre se incorporó sin ayuda de nadie y se puso de rodillas. «Eran tan grandes los ímpetus que el amor le causaba, dice Yepes, que parecía se quería echar de la cama a recibir a tal Majestad. Púsosela el rostro tan grave, tan encendido y resplandeciente, que no se dejaba mirar. Estaba venerable y hermosa muy semejante a la edad

---

(40) *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* Luc., XXIII-46).

(41) José de Jesús-María, *Vida del Bienaventurado P. Juan de la Cruz*, (Lib. III., c. XXIII).

que tenía y como si fuera mucho más moza. Puestas las manos, y abrasado en amor su espíritu, lleno el rostro de alegría, comenzó aquél blanquísimo *Cisne* a cantar al fin de su vida con mayor dulzura y suavidad que en toda ella lo había hecho (42).» Con voz vibrante exclamaba: «¡Oh, Señor mío y Esposo mío, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos! ¡Señor mío, ya es tiempo de caminar, sea muy en hora buena y cúmplase vuestra voluntad! Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro, y mi alma goce en uno con Vos de lo que tanto ha deseado (43)».

El P. Antonio depositó sobre sus labios la Hostia divina, y al punto quedó en silencio Teresa, anonadada en la dicha de su acción de gracias; luego se acordó que todavía estaba sobre la tierra y que no había sufrido aún el juicio de «Aquél a quien ella tanto había amado»; y los humildes sentimientos que siempre tuvo de sí misma pusieron en sus labios los gritos dolientes del profeta: «Un espíritu contrito es un sacrificio agradable a Dios... (44)».

«A la mañana, día de S. Francisco, continúa Yepes, como a las siete, la Santa Madre se echó

---

(42) YEPES, Libro II, cap. XXXVIII).

(43) *Declaración de María de S. Francisco*, VIC. DE LA FUENTE, Tom. II., pág. 392, n.º 24).

(44) *Sacrificium Deo spiritus contribulatus*, (PSAL. L-19).

de un lado como pintan a la Magdalena, el rostro vuelto hacia las religiosas, con un Cristo, el rostro muy bello y encendido, con tanta hermosura que me pareció no se la había visto mayor en mi vida, y no sé a dónde se escondieron las arrugas, que tenía hartas, por ser de tanta edad y vivir muy enferma.

»De esta suerte se estuvo en oración con grande quietud y paz, haciendo algunas señas exteriores, ya de encogimiento, ya de admiración, como si la hablaran y ella respondiera, mas con gran serenidad todo, y con maravillosas mudanzas de rostro de encendimiento e inflamación, que no parecía sino una luna llena,... y perseverando en la oración, muy alborozada y alegre, como sonriéndose... dió su alma al Señor (45)».

*
* *

Como San Juan de la Cruz y la seráfica Reformadora del Carmelo, con los cuales Teresita del Niño Jesús tuvo tantos puntos de semejanza en su vida, nuestra Santa murió en un transporte de amor el 30 de septiembre de 1897. Y si hemos referido la muerte de los santos Padres en religión de Teresita, es porque nos parece, en ausencia de detalles más abundantes sobre su pro-

---

(45) Vic. de Lafuente, Tom. II, pág. 392.—Información n.° 24).

pia muerte, que los relatos del tránsito semejantes a los suyos esclarecen los hechos que vamos a referir ahora.

Fué muy prematuramente, según el sentir humano cuando «la virgen de Lisieux hubo de encender su lámpara para ir al encuentro del Esposo».

Hacía ya algún tiempo que un secreto presentimiento le había anunciado que presto llegaría la disolución de su cuerpo y su reunión con Cristo.

En el mes de abril de 1895, cuando se encontraba bien todavia, hizo esta confidencia a una religiosa anciana y digna de fé: «Pronto moriré; no quiero decir que sea dentro de algunos meses, *pero sí dentro de dos o tres años a lo más; lo presiento por el estado de mi alma* (página 231).»

Ya conocemos el llamamiento del Viernes Santo, 3 de abril de 1896, en el que, según fiel expresión suya, Teresa oyó «*como un rumor lejano que le anunciaba la llegada del Esposo*». Largos meses muy dolorosos debian transcurrir aún, antes que le llegara la hora bendita de la libertad (página 220).

Siendo cada vez más inquietante el estado de salud de la enferma y no pudiendo las carmelitas de Lisieux resignarse a perder aquel tesoro de virtud, el 5 de junio de 1897, principiaron una ferviente novena a Nuestra Señora de las Victorias, confiando que tambien esta vez la Santísima

Virgen haría el milagro de volver la salud a su querida «florecita». Pero Sor Teresa les dió igual respuesta que el Venerable mártir Teófano Vénard. ...Víctima del amor divino, nuestra Santa quedaba atada sobre el altar del sacrificio, con la íntima convicción de que las oraciones de la comunidad no lo harían bajar de allí. Por eso las religiosas tuvieron que aceptar generosamente la amarga perspectiva de la próxima separación (pág. 227). «Dentro de poco mi alma dejará la tierra, acabará su destierro, terminará su combate. ¡Me voy al Cielo!..., (pág. 238).»

«Una tarde recibió a la Madre Inés de Jesús con semblante particular de serena alegría: «Madre mía, acabo de oir las perdidas notas de un concierto lejano; he pensado que pronto escucharé melodías incomparablemente mejores; pero esta esperanza no ha llegado a satisfacerme más que por un instante, otra esperanza es la que verdaderamente hace latir mi corazón: *el amor que recibiré y el que podré comunicar* (pág. 232)». Así para nuestra fervorosa jóven el cielo parecía muy próximo y la muerte bien sencilla. Es que resulta muy consolador el pensar que Aquél que nos ha de juzgar habita ya en nosotros para salvarnos y que viene a fijarnos eternamente en el estado que nos encuentre. Que por el hecho de librarnos de nuestro cuerpo, nuestra alma podrá verle sin velos en sí misma, como le poseía durante su vida, sin poder entonces contemplarle cara a cara.

Anunciando su muerte próxima, Teresa del Niño Jesús decía verdad. El Aguila divina iba a caer sobre su «presa» para llevarla al seno de la eterna luz.

Dejemos ahora que la «Historia de un alma» nos suministre la relación exacta de su hora postrera y solemne.

«El 30 de septiembre de 1897, a las cuatro y media, se presentaron los síntomas de la agonía. En cuanto nuestra angelical moribunda vió entrar a la Comunidad, le dió las gracias con su más graciosa sonrisa; luego comenzó la lucha suprema, sosteniendo el crucifijo entre sus desfallecientes manos y entregándose completamente al amor y al sufrimiento. Temblaba; un sudor copioso cubría su rostro... Mas, a semejanza del piloto que en medio de furiosa tempestad vislumbra muy cerca el puerto y no pierde el valor, así esta alma llena de fé, daba valerosamente las últimas remadas para alcanzar la ribera eterna, cuyo faro luminoso ya veía muy cerca.

»Cuando la campana del convento dió el toque de la oración de la tarde, fijó una mirada indecible en la Estrella de los mares; la Virgen Inmaculada. ¿No era acaso el momento de cantar:

«Tú que venir quisiste a sonreirme
de mi vida en la aurora,
No me niegues ¡oh Madre! tu sonrisa
Hoy que a su tarde ya mi vida toca».

»A las siete y algunos minutos, volviéndose nuestra pequeña mártir hacia la Madre Priora, le dijo:

—«¡Madre mía, ¿no estoy ya en la agonía?... ¿No voy a morir?»...

—«Sí, hija mía, es la agonía, pero quizá desee prolongarla Jesús algunas horas».

»Entonces con dulce voz y plañidero acento, añadió: —«Bueno... vamos... vamos... *¡Ah! no quisiera padecer menos de lo que padezco*».

»Mirando después su crucifijo, exclamó: «¡Oh!... le amo!... Dios mío,... os... amo!!!»

»Estas fueron sus últimas palabras. Apenas las hubo pronunciado, cuando con gran sorpresa de los presentes se desmayó de pronto, quedando con la cabeza inclinada hácia la derecha, en la actitud de aquellas vírgenes mártires que vemos ofreciéndose ellas mismas al filo del cuchillo; o más bien como una víctima de amor, esperando que el divino Arquero le dispare la abrasada flecha, de cuya herida desea morir...

»De pronto se reanimó, como si la llamara una voz misteriosa, abrió sus ojos y los fijó, con brillante expresión de paz celestial y de indecible sospresa, un poco más arriba de la imagen de María.

»Duró esta mirada el espacio de un *Credo*, su alma bienaventurada, *presa del Aguila divina*, voló a los cielos (págs. 241-242)». Su peregrinación sobre la tierra, que finalizaba en el amor,

había durado veinticuatro años, ocho meses y veintiocho días.

*
* *

Cierto día, en un exceso de alegría delirante Sor Teresita del Niño Jesús había exclamado: «¡Oh, Jesús, al fin he hallado mi vocación! *¡Mi vocación es el amor...* No tengo más que un deseo, el de amar a Dios, hasta morir de amor».

En sus últimos días recordando los principales sucesos y las gracias de su corta existencia en la tierra, pudo darse cuenta de haber plenamente respondido a esta vocación. Ella dijo: «Vuestro amor ¡oh Dios mío! me ha prevenido desde mi infancia, y ha crecido conmigo; ahora es un abismo cuya profundidad yo no puedo sondear ». Hemos asistido a la tarde de su vida: su muerte de amor.

Sin embargo ella no había llenado aún más que la primera etapa de su misión providencial en el seno de la Iglesia:

DIOS HABIA DE CORONARLA DE AMOR EN EL CIELO, Y ELLA LE HARIA AMAR SOBRE LA TIERRA.

Ella misma lo comprendió: como la hablasen en su última enfermedad, de los goces del cielo, y del descanso después de los trabajos del destierro: «¡Oh, no es eso lo que me atrae!— dijo— lo que me impele hácia la patria de los cielos, es

el llamamiento del Señor, la esperanza de amarle, en fin, como tanto lo he deseado, el pensamiento de que podré hacerle amar de una muchedumbre de almas que le bendecirán eternamente». «Una sola esperanza hace latir mi corazón: *es el amor que recibiré y el que podré comunicar*».

Todavía insiste: «He aquí lo que pienso del porvenir: amar a Dios, ser amada de El y *volver a la tierra para hacer amar al Amor*».

Después de mirar detenidamente una estampa de Santa Juana de Arco en su prisión: «Los Santos—dijo—también a mí me avisan. Mientras estás aherrojada, no puedes cumplir tu misión; pero más tarde, después de tu muerte, empezará el tiempo de tus conquistas».

Y el 17 de julio del año de su muerte, dijo con acento profético: «Presiento que mi misión va a empezar, mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo, de enseñar mi caminito a las almas... *Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra... Haré caer una lluvia de rosas.* No, no podré tomar descanso ninguno hasta el fin del mundo. Más cuando el Angel diga que «ya no hay más tiempo» (46) entonces descansaré porque el número de los escogidos estará completo...» Y añadió, después de un momento de silencio: «¿Me daría el Señor este deseo siempre

---

(46) *Quia tempus non erit amplius* (Apoc., X, 6).

mayor de hacer bien en la tierra después de mi muerte, si no lo quisiese cumplir? No, en ese caso más bien me inspiraría el deseo de descansar en El».

*

Excelsa hija del Carmelo, Angel tutelar, dulcísima y gloriosa hermana, no nos parece que hayas muerto: tu espíritu embalsama la tierra todavía. De lo alto del cielo haz caer sobre nosotros una lluvia de rosas a fin de que podamos ir a Dios por medio de tu oración tan sencilla de santo silencio y de ferviente amor.

Santa Teresita del Niño Jesús
cubriendo de rosas su Crucifijo, como símbolo de su
vida espiritual y de su celestial misión.

EPILOGO

«¿Quién, durante la vida de Teresita, podía prever en el monasterio que allí se vivía al lado de una santa? ¿Quién preveía que las gentes vendrían a los «Buissonnets» y a su tumba en peregrinación? La santita no ha hecho nada de extraordinario; no ha tenido para ello ni tiempo ni ocasión. Nunca tuvo éxtasis. La falta de lo extraordinario es justamente lo que hay de extraordinario en esta vida. Humilde, oscura, afligida muy frecuentemente con tentaciones y sequedades en su corta existencia, ella ha amado, ella ha sufrido, ella se ha sacrificado, se ha abrasado por la gloria de Dios. He ahí un modelo... Poseía, sin saberlo, la realidad de la santidad. Nuestro siglo conoce los dos extremos: el odio y el amor. A medida que el odio se eleva, sube el amor, y nosotros estamos viendo cómo se desarrol'a y crece la falange del amor triunfante... Es la época del mal, pero es también el siglo de los grandes santos (47).» Así hablaba el

---

(47) R. P. MATEO CRAWLEY-BOEVEY, *Vers le Roi d'Amour, Recueil de Predicatión*, Lyon, 1920, pp. 97, 97).

P. Mateo, el apóstol del Rey del amor. De muy buen grado suscribimos este panegírico; pero decimos más. A la luz de la teología mística hemos contemplado en la santita a un alma semejante a los grandes privilegiados de la gracia en los efectos más supereminentes de los dones contemplativos.

Sin que sea preciso detenernos demasiado en la doctrina de los grandes místicos que nos dicen que todos los bautizados están llamados de una manera *remota* a la contemplación infusa, en tanto que esta contemplación es el desarrollo normal de la gracia, de las virtudes y de los dones (48), para sacar en consecuencia que a nuestra Santa, siempre fiel a la gracia, no le puede haber faltado ese desarrollo, nos ha sido fácil descubrir en Teresita, la contemplación infusa propiamente dicha. Lo hemos comprobado hallando en su oración el ejercicio predominante y manifiesto de los dones de Entendimiento y Sabiduría, y nos ha servido de gozo el participar a otros nuestras conclusiones.

La vía contemplativa del Angel de Lisieux, idéntica a la de aquellos que hemos convenido en llamar grandes contemplativos, pone sobre nuestros labios la exclamación del Salmista: *Dios es admirable en sus santos* (49). A esta contem-

(48) Véase esta doctrina expuesta en J. MARITAIN, *Question sur la vie mystique et la contemplation.—La vie spirituelle*, Mars, 1923, pp. 636-639).

(49) *Mirabilis Deus in sanctis suis* (PRAL., LXVII 36).

plación convidamos al lector; porque Santa Teresa dice formalmente que podemos aspirar a ella, y nos enseña el medio de llegar a conseguirla: «Luégo querréis... procurar tener esta oración, y teneis razón;... que cierto está desear saber cómo alcanzaremos esta merced. Yo os diré lo que en esto he entendido. Dejemos cuando el Señor es servido de hacerla porque su Majestad quiere, y no por más. El sabe el por qué; no nos hemos de meter en eso. Después de hacer lo que los de las moradas pasadas, humildad. Por ésta se deja vencer el Señor a cuanto de El queremos (50)». Este anhelo humilde y ardiente de la contemplación que hemos admirado en nuestra Bienaventurada, se lo deseamos al piadoso lector (51). Deseamos igualmente que se entere de toda la vida terrestre de nuestra Santita. La «Historia de un Alma» escrita por ella misma encierra sublimes arcanos que las Carmelitas de Lisieux no han creido conveniente de-

---

(50) *Moradas cuartas*, cap. II., un. 8 y 9).

(51) Podemos desear y pedir a Dios la contemplación infusa y esta llama de amor, bien entendido que ha de ser con la pura intención de sólo la gloria de Dios, y con una humildad profunda, es decir, sinceramente conscientes de que todo lo bueno que hay en nosotros es de Dios, de El viene y a El debe volver, y que lo que hay de nosotros, lo nuestro no es más que pecado, imperfección y miseria. Si tal fuere nuestra disposición, podemos esperar también con plena confianza el toque de Dios. (MGR. WAFFELAERT, *Carta pastoral* n.° 235, p. 2098).»

ber guardarlos para ellas solas, aun cuando desde un principio no hayan sido destinados a la publicidad. Gran dicha es que nuestra Santa haya tenido, sin que en ello quepa duda, vocación y talento de retratarse tan cabal y hermosamente a sí misma. Se destaca de su *diario* enteramente viva para ponerse ante los ojos de aquellos mismos que jamás la vieron. Muchos lectores, ojeando aquellas páginas, se han sentido conmovidos hasta el fondo del alma, ante el espectáculo de aquella virtud tan sencilla y graciosa a la par que heróica.

¡Ojalá que todos lleguen a edificarse con la lectura de esa autobiografía! De ello estamos persuadidos; notarán el divino perfume que se exhala de la vida admirable de Santa Teresa del Niño Jesús. Allí verán una santidad suave, practicándose en el círculo de los deberes cuotidianos, lo extraordinario en lo ordinario, las prácticas comunes, cumplidas de una manera no común. Allí admirarán en el sexo débil, una virtud valiente, naciendo al pié de la Cruz, practicándose, por la abnegación, el desprendimiento, el sacrificio, privada por completo de la dulzura y de la unción de la gracia, que fluye del dulcísimo Corazón de Jesús. Viendo y oyendo hablar a esta excelsa niña se enriquecerá su alma; se sentirán tocados de ese contacto. En fin, ellos aprenderán en la escuela de Teresa, a ser o a volverse *niño*, según el precepto evangélico, recordando que el Padre Celestial gusta de revelar

los secretos de su Amor a los humildes y a los pequeñuelos. «*Yo te glorifico, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las has descubierto a los párvulos* (52)».

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

(52) *Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc a sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis.* (MATTH., XI-25).

Fé de erratas

PÁG.	LÍNEA	DICE	LÉASE
VII	16	cum	cumbres
13	8	efectos	afectos
15	15-16	munde	mundo
17	22	le tierra	la tierra
18	nota	Non commotione	Non in commotione
39	nota lí-nea 2	ia	la
41	10	Dios fruto	Dios, fruto
58	7	pucsto	puesto
63	1	me de tomó	me tomó de
65	12	mant cue	mantiene
65	17	entregó	entrego
68	4	inteligencio	inteligencia
68	24	sentidó	sentido
71	9	exirañeza	extrañeza
72	23	Más de	Mas de
77	7	donoción a El	donación a El,
81	18	ternnra	ternura
86	23	por como	como por
89	nota 14	nomnem sesum	omnem sensum
90	nota 1	comigo	conmigo
102	nota 28	Quiunque	Quicumque

Tabla de Materias

Las Ascensiones del Alma en Santa Teresita del Niño Jesús.
El Traductor a los lectores..... VII
Carta de Su Eminencia el Cardenal Mercier. IX
Prólogo..... 1

PRIMERA PARTE

La Acción de Teresa. (Su Oración adquirida)..... 11
Capitulo Primero. Preludio, en el mundo, de su oración adquirida..... 15
Capitulo Segundo. Desarrollo, en la vida religiosa, de su oración adquirida..... 29
Su contemplación adquirida..... 30
Su unión adquirida..... 37

SEGUNDA PARTE

La Acción de Dios (Oración infusa de Teresa)..... 49
Capitulo Primero. El Elemento purificador de su contemplación infusa: 52
§ 1. Noche pasiva del Sentido..... 55
§ 2. Noche pasiva del Espíritu..... 66
Capitulo Segundo. Su Contemplación Infusa o Pasiva..... 80
§ 1. El Elemento iluminador y afectivo de su Contemplación infusa..... 82
§ 2. Unión fruitiva..... 94
§ 3. La consumación..... 113
Epilogo..... 127
Fé de erratas..... 135

Precio: 2 ptas.

MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN X

Libros escritos sobre Carmelitas de la Reforma Teresiana.

Número..... 2931	Precio de la obra..... Ptas. .....
Estante..... 95	Precio de adquisición. » .....
Tabla..... 2	Valoración actual..... » .....

2

2935

ASCENSIONES
DEL ALMA
EN SANTA
TERESA
DEL NIÑO
JESÚS